

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm

8.11-67.

Nº 10.

LA VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA, E HISTORICA.

Con la aprobacion y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1867.
Imprenta de Manuel Padilla y Salvador
Colon y Batehojas, 12.

8.1V-67.

Nº 10.



LA VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA, E HISTÓRICA.



Con la aprobación y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1867.

Imprenta de Manuel Padilla y Salvador

Colon y Batehojas, 12.

ADVERTENCIA.

Habiéndose hecho cargo de la *Administración* de esta *Revista* D. Manuel Padilla Salvador, se suplica á los Sres. suscritores, se sirvan dirigirse en adelante para todo lo concerniente á la misma, á su casa *Administración*, *Colon 10*.—*Sevilla*.

Rogamos al mismo tiempo á todos los Sres. suscritores que no esten al corriente en sus pagos, se sirvan hacerlos para el buen orden de esta *Administración*.

En esta *Administración* de la *Verdad Católica* (*Colon 10*) se halla de venta, al precio de cuatro reales cada ejemplar, el *Sermon* de la *primera dominica de Cuaresma*, que hoy publicamos.

COLECCION

DE LAS ALOCUCIONES CONSISTORIALES,

ENCICLICAS Y DEMAS LETRAS APOSTOLICAS

CITADAS

EN LA ENCICLICA Y EL SYLLABUS DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1864,

CON LA TRADUCCION CASTELLANA.

Uno de los documentos mas importantes que ha dirigido al Episcopado católico el glorioso Pontífice Pio IX, como Supremo Maestro de toda la Iglesia es, á no dudarlo, la Encíclica con el *Syllabus* del 8 de diciembre de 1864. Señálase en la Encíclica como el error dominante de nuestra época el *naturalismo*, y se condenan sus principales aplicaciones á la sociedad doméstica, política y religiosa; y fórmase en el *Syllabus* con admirable perfeccion un cuadro exacto de los errores modernos relativos al panteísmo, racionalismo, indiferentismo, comunismo y moderno liberalismo, así como de los que atacan el matrimonio cristiano, la moral, la sociedad civil, la Iglesia y el poder temporal de los Soberanos Pontífices, citándose al propio tiempo las actas Pontificias en que se contiene por estenso su condenacion.

Por consiguiente en la Encíclica y el *Syllabus* se comprende un precioso cuerpo de doctrina y máximas cristianas, muy conveniente para todo católico que desee preservarse de los errores más difundidos en nuestros días, é indispensable para los ministros de la Iglesia, que por su oficio deben dirigir á los fieles al camino de la verdad y de la justicia, y defender las doctrinas católicas contra los rudos y frecuentes ataques de sus astutos e incansables enemigos.

Más para formar una idea clara y completa del verdadero sentido de las proposiciones condenadas en estos memorables documentos, y especialmente en el *Syllabus*, es de todo punto necesario consultar las actas Pontificias citadas al fin de cada proposicion en las que por menor se esplican y rechazan dichos errores, oponiéndoles las verdades evangélicas, las razones deducidas de los más elevados y sólidos principios de la doctrina católica y de la sana filosofía. Cuanto mas profundamente la publicacion de los referidos documentos ha escitado los ánimos de los enemigos de la Iglesia, mayores esfuerzos se han hecho para alterar y falsear el concepto genuino de las verdades proclamadas por la voz infalible del Vicario de Jesucristo, procurando cubrir las á los ojos de los incautos con el velo de lo odioso ó del ridículo. Por este motivo, siendo difícil reunir todos los documentos referidos, promulgados en diversas fechas desde la Cátedra de San Pedro, el mismo Soberano Pontífice mandó que se redactase en Roma la coleccion de todas las actas citadas en el *Syllabus*, para que todas apareciesen reunidas en un solo volumen, como en un solo cuerpo de doctrina. Esta interesante coleccion, acogida con entusiasmo por los católicos de todos los países, fué inmediatamente reproducida en varias lenguas de Europa; y desde luego no pocos distinguidos eclesiásticos y esclarecidos prelados de España manifestaron el deseo de verla traducida á nuestro idioma, para poderla difundir entre el pueblo y el clero confiado á su apostólico ministerio.

Deseando, pues, corresponder á esta justa aspiracion, y ser útiles á la Iglesia y á nuestro católico pais, hemos publicado el texto latino de todos los documentos citados en la Encíclica y el *Syllabus* del 8 de diciembre de 1864, con la traduccion castellana de los mismos. El texto latino ha sido diligentemente cotejado con la coleccion Romana; y la traduccion castellana se ha hecho directamente de aquel texto. Consultando á la comodidad de nuestros lectores, hemos añadido al fin de la obra un índice alfabético de las Actas Pontificias. No creemos necesario encarecer más la utilidad y conveniencia de esta publicacion que tanto interesa á todos los fieles, y que reputamos necesaria, para los que, por su mision, deben enseñar y defender las doctrinas de la Iglesia; terminamos congratulándonos con la firme esperanza de que merecerá el favor del Episcopado y del Clero español, y la grata acogida de todos los que se consagran al estudio de las ciencias políticas y sociales que, fuera del catolicismo, jamás hallaron sólido cimiento para la civilizacion de los pueblos, y por último la benevolencia y el aplauso de cuantos en nuestra España se glorían con el nombre de católicos é hijos fieles de la Iglesia.

*Esta obra forma un grueso volumen de 712 páginas, mitad en latin y mitad en castellano.

Se halla de venta en Madrid, á 32 rs. en la librería de Olamendi, calle de la Paz número 6.

En provincias, á 34 rs. en las Secretarias de los Obispos, y en la Administracion de la Revista Religiosa, La Verdad Católica, calle Colon número 10, Sevilla.

Después; pues, correspondiendo á esta Junta, respaldando y
dando á la Iglesia y á nuestra Católica Patria, femos publicado
este tratado de todos los documentos citados en la Enciclica, y
del día 8 de diciembre de 1864, con la traducción casta-
leña de los mismos. El texto latino ha sido diligentemente cor-
recto con la colección Romana; y la traducción castellana se ha
hecho directamente de aquel texto. Consultando á la comodidad
de nuestros lectores, hemos añadido al fin de la obra un índice
de las Actas Pontificias. No creamos necesario en este
tratado la utilidad y conveniencia de esta publicación, que tanto
para todos los fieles, y que repetimos necesaria, para los
que por su misión, deben enseñar y defender las doctrinas de
la Iglesia; terminamos congratulándonos con la firme esperanza
de que favorecerá el favor del Episcopado y del Clero español, y
de todas las Académias de todos los que se consagran al estudio de las
ciencias positivas y sociales para la civilización de los pueblos, y por
el sólido fundamento para la civilización de los pueblos, y por
la benevolencia y el agrado de cuantos en nuestra Espa-
ña se ocupan con el nombre de católicos hijos fieles de la

Esta obra forma un grueso volumen de 712 páginas, mi-
nuta y unida en castellano.
Se halla de venta en Madrid, á 38 rs. en la librería de
calle de la Paz número 6.
En provincias, á 34 rs. en las Secretarías de los Obis-
pos, y en la Administración de la Revista Religiosa, La Ver-
dad, calle Colon número 19, Sevilla.

Núm. 10.

8 de Abril.

Año 1.º

LA

VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA É HISTÓRICA.

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION DEL

SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.

CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.

TOMO 2.º

SEVILLA.—1867.

Imprenta de Manuel Padilla Salvador.
Colon 10 y Batehojas, 12.

1837

3 de Abril

1837

N.º 1

REVISTA

REVISTA

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS

DE LA HISTORIA Y GEOGRAFIA

DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS

DE LA HISTORIA Y GEOGRAFIA

DE LA CIUDAD DE BOGOTÁ

TOMO I

1837

Imprenta de Simón de la Cruz
Calle 10 y Pasadizo 12



SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

PRONUNCIADO EN LA REAL CAPILLA

en presencia de SS. MM. en el dia 10 de Marzo de 1867.

Non in solo pane vivit homo, sed
in omni Verbo, quod procedit de
ore Dei.

No de solo pan vive el hombre,
sino de toda palabra que sale de la
boca de Dios.

Mth. c. 4 v. 4.

Señora:

No sin emocion profunda subo á esta sagrada cátedra ocupada sucesivamente por tan distinguidos oradores; pero somos enviados y aparecemos obedientes como el soldado á quien su gefe le dice «Vé allí» y vá, y arriesga valerosamente su vida sin estar seguro de la victoria; venimos á cumplir un deber el mas elevado y difícil que pesa sobre nuestro ministerio, y si nos atrevemos á elevar nuestra humilde voz ante la gran-

deza de un trono y ante la elevada ilustracion de sus gradas, es en la confianza de la inspiracion divina, que Jesucristo prometió á los que hablaran en su nombre: con esta fé pasamos á exponer el testo divino.

En aquel tiempo, (dice el sagrado historiador), fué Jesus conducido por el Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador le dijo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió: No de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Despues le trasportó el diablo á la santa ciudad y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de ahí abajo, pues escrito está que te ha encomendado á sus ángeles los cuales te tomarán en sus manos para que tu pié no tropiece contra alguna piedra. A lo que respondió Jesus: Tambien está escrito. No tentarás al Señor tu Dios. Por último el tentador (apurando su astucia) volvió á subirle á una elevada montaña y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares. Entonces el Salvador (revelando un destello de su poder divino) lo confunde y aterra diciéndole. Retírate de ahí, Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y le servirá á él solo. Entonces le dejó el diablo y acercándose los ángeles le servian.

Tal es el Evangelio de este dia.

En él vemos á los modernos novadores perfectamente personificados. Ellos dirigiéndose á la generacion actual, han dicho á ese pueblo débil y hambriento: Yo poseo el secreto de hacerte feliz; yo puedo proporcionarte medios de enriquecerte, y no necesito de la Re-

ligion para curar esa vasta llaga que se estiende por el cuerpo social; tuyo es el universo, y todo cuanto ves a tu alrededor; explota ese rico manantial de goces y felicidades, y vivirás. Y cuando entramos en ese nuevo templo fabricado por los sofistas, y en donde viven y se repiten las tentaciones del desierto á la humanidad, y en donde se estremecen las esperanzas del siglo, solo vemos una triste decoracion, en la que se ostenta triunfante la sensualidad, la ambicion y el orgullo.

La sensualidad que nos alhaga con los falsos goces de la vida; la ambicion que nos arrastra en pos de los bienes quiméricos de la tierra; y el orgullo que nos hace idólatras de nosotros mismos, y esclavos de esas pasiones del corazon á las que sacrificamos nuestra dignidad, nuestra conciencia, y nuestro porvenir.

Pero á proporcion que se proclaman los vicios de la naturaleza corrompida, y que fijamos nuestra vista en los goces de la tierra, y que la palabra de Dios se humilla ante el progreso de la materia, vemos á los Pueblos que se debilitan, y á las sociedades todas, que se destruyen estrepitosamente, dando un testimonio al ingrato materialista de que *«no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»*

Aprendamos en Jesucristo á vencer esas doctrinas tan peligrosas al individuo, como funestas al órden social, manifestando: *Que el progreso material, sin el Evangelio, es la destruccion, la ruina y la muerte de la sociedad. Non in solo pane vivit homo, sed in omni Verbo, quod procedit de ore Dei.*

Tal es la materia que me propongo y complazco en tratar ante la flor de la ilustracion de España, y ante un trono llamado á egercer su poderosa influencia sobre el porvenir de la sociedad y de la Religion. Dig-

nos de lástima seríamos, si tuviésemos la presuncion de creernos capaces de tratar una materia tan importante de un modo digno de ella, pero tenemos nobles precursores que alienta nuestra esperanza.

Principiaré sin ningun preámbulo, pero no sin advertir, que la palabra del hombre es un vano sonido sinó la fecundiza el espíritu de Dios. Elevemos nuestros corazones al cielo, para que descienda sobre nosotros la gracia y la bendicion divina, y sea por la mediacion de la que es particularmente Patrona de nuestra España y protectora benéfica de nuestros Reyes, diciéndola con el Angel:

AVE MARIA.

Non in solo pane vivit homo, sed
in omni Verbo, quod procedit de
ore Dei.

Mth. c. 4 v. 4.

Señora:

Se eleva de todas partes un gemido sordo, una queja unánime, un doloroso quejido que denuncia á toda la tierra la tibieza y el miedo de los corazones. Yo oigo al hombre que lleva las haces del servicio militar, al magistrado aplicado á las funciones de la justicia, al profesor que comunica en el alma del jóven el secreto de sus inclinaciones, al hombre político estudiando de cerca los grandes resortes del mundo; yo escucho, en fin, la voz de la sociedad por todos los poros por donde ella se escapa, y no oigo caer en mi oído mas que una palabra. *La sociedad amenaza ruina.*

¿Y cuál es la causa? ¡Ah Señora! Hace tres siglos que así como en un día de asalto general llueven los

proyectiles sobre la ciudad sitiada, del mismo modo cae sobre el Evangelio y su Iglesia una fuerte granizada de ataques, proclamando con sarcasmo, el ódio y el desprecio á Jesucristo; y la muchedumbre aplaude, bate las palmas y se dá el parabien, á cada verdad que se derrumba del trono de la verdad, á cada dogma cristiano que desaparece del mundo político, á cada lazo que se rompe ó se afloja de la antigua alianza de la Iglesia y la sociedad.

A la voz del materialismo las artes se han hecho sensualistas y han producido un cinismo de que no puede ruborizarse la Edad media; la filosofía se ha hecho pagana y ha seguido las oscuras huellas del Liceo y del Pórtico: las ciencias han renovado la lucha incesante de los pueblos á los Reyes, han formado en su época los Brutos y los Scévolas; han renovado la gran centralizacion material de la Roma de Tiberio; y los malos libros parecidos á una nube de langostas que devoran las yerbas de los prados, destruyen todas las virtudes y todas las verdades que pudieran quedar en el alma.

Los Pueblos, bajo el peso de estas doctrinas, van inclinando su cabeza hácia la tierra; en ella han clavado sus miradas, sus manos y su corazón, y han fundido en una barra de oro las nobles inspiraciones de su alma; el honor, el sacrificio y la lealtad. Pasan la noche y el día trabajando en los rios, en los mares, en los caminos de hierro, y en las entrañas del globo, y no tienen ni un momento para su Dios. El Pueblo sin Dios está perpetuamente inquieto como aguja imantada que ha perdido el norte y que se agita sobre su eje: no sabe lo que quiere y desea lo que no tiene; y de aquí ese estremecimiento, ese grito universal de que *la sociedad amenaza ruina*.

Para salvar este malestar se apela á la fuerza y al exceso del desarrollo material; á los cañones rayados, y á los fusiles de aguja, y á las fortalezas y las armadas; olvidando, por desgracia, que esos baluartes son de tierra y de hierro, y que la tierra y el hierro no forman ni almas fuertes, ni voluntades poderosas, ni prestan fidelidad, ni evitan la traicion; y que en el gran dia de la prueba pueden volverse contra nosotros, y en vez de prestarnos auxilio y de salvar el orden social aumentar mas y mas nuestra desgracia y nuestro terror, dándonos Dios un testimonio evidente de que *no de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

En cuanto á las riquezas, la industria y el comercio, solo podremos decir, con la historia en la mano, que nunca las sociedades cubiertas de seda y llenas de oro, con la cabeza hinchada de orgullo y ambicion, han salvado á la humanidad en el dia de los grandes peligros.

Y sino, separad, con mano firme, los pomposos adornos con que nuestro siglo cubre su cabeza, sus manos y sus pies; desplegad el vestido de gasa que rodea su cuerpo como las vendas de una momia, y vereis á la preciosa herencia de los hijos de Jafet que no exhalan otro aliento que el odio y la desconfianza; pero odio á los principios de orden, de ley y de justicia, y desconfianza de los pueblos y de las naciones entre si; y es ial el hacinamiento de iniquidades, que no hay un solo hombre de ilustracion que tuviera valor para dormir y tomar el sustento, si supiera lo que acontece á su lado.

Ah! la ausencia de Dios es muy terrible en el mundo! Una sola vez se ha ensayado en nuestros dias el

triunfo de la materia sobre el espíritu y todo el mundo sabe el estado de humillacion y de ruina á que llegó la Francia en fines del siglo último; todo el mundo la vió envuelta en la anarquía mas espantosa, que embriagada de un delirio satánico llevada por do quiera la tea incendiaria, reduciendo á pavesas los templos, los palacios y los mas bellos monumentos del arte. No hubo uno que no viera conducir al cadalso sus reyes haciendo rodar por el suelo sus coronas, degollar y sacrificar á sus sacerdotes, y elevarse triunfantes todos los crímenes sobre las ruinas de la virtud. De aquí, la educacion pública y privada interrumpida, la ciencia proscripta, la agricultura sin brazos, la industria sin recursos, el comercio sin accion, y la Francia convertida en una vasta tumba, cubierta de fúnebre crespon, y sus hijos representando alternativamente el desgraciado papel de víctimas y de verdugos.

Los mismos que todo lo habian destruido se espantaron de su obra y de la ausencia del Evangelio. Un hombre, cuyo nombre callaré, amasó en sangre un lapiz, lo cogió con su mano deshonorada, y subiéndose á una escala para elevarse hasta el frontis de un templo, grabó en él esta confesion. «*El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo.*» Dios quiso que fuese esta mano fria y sangrienta la que rindiese, en el momento mas impio de toda la historia, un irrecurrible testimonio de que *no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

¿Pero de qué nos serviría llorar los desastres y las calamidades que han asolado á la sociedad, sino abjuraríamos los perversos sistemas que pueden acarrear nuevas desgracias? Las malas doctrinas fueron las que todo lo conmovieron; sean, pues, las buenas las que to-

do lo consoliden. A los reyes, á las clases elevadas é ilustradas de la sociedad, y al Sacerdocio Católico corresponde el hacer triunfar los principios de orden, de justicia, de ley, de virtud y de moralidad: ese es su destino, *Señora*; ese es el nuestro. La patria y la Iglesia nos llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudaremos sus esperanzas.

Para ello hemos de consultar el Evangelio, hemos de hacer triunfar su espíritu, hemos de imponer sus máximas; en él se han reunido todas las fuerzas de civilización, de ciencia y de progreso: su doctrina hizo de nuestra España la monarquía mas poderosa del mundo; ella pasó el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama, descendió á la América con Cristobal Colon, siguió con la cruz en la mano á todos los nobles guerreros de los siglos XV y XVI, y fundó la civilización en medio de los pueblos salvajes. Desde los lagos del Canadá á las riberas del Paraguay fué civilizada la América por la palabra de Cristo; ella habitó en las florestas, en los rios, en las concavidades de las rocas, sedujo al caribe y al iroqués, amó y fué amada con un amor único en estos vastos continentes; y aun hoy dia, apesar de las desgracias que le han diezmos en Europa, prosigue la obra lejana de su civilización.

¿Y por qué?

Porque su doctrina brilla del mismo modo sobre la encorvada frente del anciano, que sobre el candoroso rostro de la Virgen, y se ostenta tan digna en la virtuosa madre de familia, como en el tierno infante que esta acaricia en su regazo; para todos tiene preceptos adecuados á su posición social; á los unos los enseña á honrar las canas, que son la corona de la ancianidad, á los

otros á mirar, hasta con religiosa veneracion, la inocencia de la infancia en la que refleja la belleza de un alma imagen del Criador; á estos á someterse con docilidad á los preceptos paternales, y á no desviarse un punto de sus sábias enseñanzas. De este modo, la doctrina católica, asociándose á todas las clases y condiciones de la sociedad, santificando todos los afectos, purificando todas las edades, inspirando la obediencia, la fidelidad conyugal, el recato virginal, el perdón de las injurias, y encendiendo el fuego de la caridad, forma ciudadanos pacíficos, súbditos fieles, magistrados íntegros, ministros incorruptibles y leales, y reyes dignos de ceñir la corona que adorna sus sienas.

Y en cuanto á las ciencias, de su seno han salido legicógrafos, físicos, matemáticos, historiadores, biógrafos, oradores y poetas que han sido lumbreras científica de la humanidad; y bajo su inspiracion se han hecho los famosos descubrimientos de la pólvora, el telescopio, la brújula, las bombas, el reloj de rueda y otros, que nos recuerdan los nombres del monge alemán Schwarz, el famosocenobita Déspina, Flavio de Gio, Rogerio Bacon, Silvestre II y el Obispo Galeno que fueron sus autores, manifestando su vida en todas las grandezas, en todos los adelantos y en todos los progresos humanos.

Por esto cuando hemos afirmado que el desarrollo material es la destruccion y ruina de la sociedad, no ha sido este grito de mi alma un ultraje á los adelantos del siglo. No; yo soy el primero en dispensar una justa admiracion á los triunfos del talento sobre las fuerzas de la naturaleza, triunfo dichoso de cuyo beneficio disfruta hasta la misma Religion; ni se trata de convertir á los pueblos en una sociedad de cenobitas, imponiéndoles las leyes suntuarias de la antigua

Lacedemonia; lo que yo deploro, lo que lamento de veras, el mal que deberíamos denunciar con una voz bastante fuerte para que llegara con sus ecos á todos los ámbitos del mundo, es la propension constante del siglo *décimo nono* de fundar una sociedad sin Dios y sin Evangelio, olvidando desgraciadamente las palabras de Jesucristo de que *no de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

Yo no ignoro, que alguna vez se miran estos lamentos como indiscretos y superticiosos, acusándonos de retrógrados, y enemigos de los adelantos de la generacion presente; y se cree haberlo dicho todo alegando que es preciso *caminar con el siglo.* Máxima vaga y cómoda, verdadera bajo mas de un aspecto, pero que á fuerza de aplicarse sin discrecion pudiera precipitarnos en un abismo. Procuremos aclarar bien la verdad, y que el uso legítimo de una máxima tan comun en el dia, no nos impida ver los males que podrían desprenderse de sus falsas aplicaciones.

En efecto, *Señora,* en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir; en las cosas sujetas á las investigaciones, á las combinaciones, y en cierto modo á los caprichos del entendimiento humano; *marchemos con el siglo,* convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan realizado el imperio de los conocimientos humanos, derramando una luz mas viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrando las antiguas teorías para fundar otras nuevas; no nos obstinemos contra la esperiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; *marchemos con el siglo.* En lo respectivo á los nuevos usos y nuevas relaciones de familia á familia, y de pueblo á pueblo;

en todo lo que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio, dando digámoslo así, al mundo una faz desconocida; en lo respectivo á aquellas variaciones mas ó menos grandes que el imperio del tiempo haya exigido en las leyes y en las instituciones; no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido ser muy bien tan sabios como nosotros, pero tampoco pidamos á la Edad media sus costumbres y su legislacion; en esto *marchemos tambien con el siglo.*

Pero marchar con el siglo cuando las doctrinas perwersas corrompen las generaciones, cuando se predica el odio á los reyes, se erige la venganza en derecho, se destruye el amor de los pueblos, se hace trizas la moral, se rompen los lazos de la obediencia, y se proclaman como progreso los vicios de la humanidad y los delirios de la razon, introduciendo el veneno en las entrañas de la sociedad, entonces digo, lejos de ser vida y progreso, es la muerte, es un crimen de lesa humanidad.

Así pues demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar, pero sepamos rehusarle lo que no podría obtener sino para su ruina y destruccion. De lo contrario temamos que la sociedad se precipite en el abismo.

Para ello, repetimos, apelemos al Evangelio pues solo en él encontramos el verdadero progreso, vida y civilizacion de la sociedad. Cualquiera que aspire al bien y á la gloria no puede buscarla sino es aquí.

En la antigüedad era disimulable en Licurgo que consultase el oráculo de Delfos; y en Numa el escuchar á la ninfa Egeria; pero hoy el oráculo está en Roma, allí está la fuente de la moralidad, y el mas alto representante del Evangelio; de allí hemos de recibir las inspiraciones que han de prestar las virtudes sociales.

y el que allí no vaya humildemente á recibir los consejos de la soberana justicia, no edificará otra cosa, que una ciudad sin bendicion.

Convengamos, *Señora*, en que ni las fortalezas, ni las armadas, ni el comercio, ni la industria, ni las artes, ni el lujo, ni todo lo que constituye el desarrollo material, pueden, sin el Evangelio, constituir la verdadera grandeza de los pueblos; sino que, por el contrario, esos elementos son la ruina, la destruccion y la muerte de la sociedad.

Proclamemos, pues, para nuestra nacion la influencia de esa doctrina que hace trece siglos se sentó con Recaredo en el trono de los españoles, que protegió Carlo-Magno, que honró San Fernando y Santa Isabel, y á la que tantos reyes han debido la prosperidad de su reinado: el Dios de las misericordias parece habernosla prometido para siempre al conservarnos la real familia que hoy ocupa el trono de San Fernando; ellos son los primeros en humillar su frente ante la cruz divina, y en aparecer ante sus pueblos los primeros servidores de aquel por quien reinan los reyes.

El Evangelio, y solo el Evangelio ha de sostener ese trono que tantos reyes sábios, valientes y piadosos lo hicieron digno de la veneracion de los siglos y de todas las generaciones; ese trono querido de Dios y de los hombres que despues de haber resistido los vaivenes de la fortuna y del tiempo, solo sirvió para hacer brillar con mas esplendor la predileccion con que le mirára la Providencia.

No; no perecerá esa real familia católica por escelerancia que tan necesaria se hace hoy para la prosperidad de nuestra patria, y á la que el cielo ha concedido un nuevo vástago como una nueva prenda de su alianza con ella: esa nueva estirpe que es hoy el corazon de su madre

y la esperanza de nuestra patria, ese será el padre de sus súbditos por su bondad, y el rey por su justicia. Podrá quizá encontrar mil contrariedades, pero es hijo de una madre cuyas desgracias le han servido solo para elevar mas su alma á Dios é inflamar mas su valor. Nosotros tal vez no estaremos destinados á ver la prosperidad de su reinado; podremos quizá contemplar su aurora. Saludamos desde luego á ese nuevo Alfonso: á su proteccion y bajo su custodia triunfará la religion santa que lo educa: Jesucristo será su protector y asegurará su reinado, dándole una felicidad, que asegurando el progreso en todos sus dominios, le proporcionará gloria honor y bendicion, paz y civilizacion en lo tèmporal, y despues la gloria eterna.

Juan Bautista Solís, Pro.

LA REDENCION.

Hemos visto al Verbo, la palabra, la inteligencia y la sabiduría de Dios que por un acto simplicísimo de su amor sacó al mundo de la nada y creó al hombre á su imágen y semejanza; hemos considerado á este mismo Verbo unido á la naturaleza humana levantándola de su degradacion y saciando la fé y la esperanza de tantos siglos que pedian entre sollozos la reconciliacion anunciada; hoy vamos á presentarlo como victima, única capaz de satisfacer cumplidamente á la justicia ofendida, llenando las propensiones instintivas de la culpable humanidad.

Solo aquel que creó al mundo con su palabra podia regenerarle con la cruz. Considerada la culpa como una aberracion del orgullo humano, instigada por la mentida promesa de la serpiente en el Paraiso era

preciso el sacrificio de este orgullo insensato para que sobre un principio de humillacion se estableciera el santuario de su regeneracion y de su dicha, alcanzando por humildad lo que había perdido por soberbia, y convirtiendo en una verdadera profecía la promesa falaz del tentador: por esta razon el sacrificio debe considerarse como el centro de toda la doctrina evangélica, el compendio de toda la cristiana teología y el inconcuso principio de nuestra religion santa; una necesidad funesta había inventado este elemento de salvacion universal y aunque teñido en sangre debía ser la primera piedra para levantar el trono de nuestra grandeza.

Nadie ignora ni la inocencia en que fué formado el hombre en el Paraiso, ni la ignominia en que cayó por el pecado; este pensamiento que absorbe el ser y el destino de la humanidad entera, se encuentra en todos los paises como en todos los tiempos, y se revela de un modo terminante en los mismos instintos de la humanidad; en todos los corazones se encuentra un fondo de virtud aunque desfigurada por el desorden de pasiones violentas, y en todas las inteligencias se descubre un principio de verdad aunque oscurecido por las negras nubes de su ignorancia; aquel es el destello del hombre primitivo, este el desequilibrio del hombre criminal. Nacido el hombre de un pensamiento puro de Dios, formado á su imagen y semejanza y destinado á presidir y dominar como rey á toda la creacion, sin el misterio de su caida y trasmision á toda la naturaleza sería imposible esplicarnos el desorden de nuestras pasiones, la insubordinacion de nuestros apetitos, las ansiedades continuas de nuestra alma y los continuos sufrimientos de nuestra agitada vida. O el

hombre ha pecado, ó en vez de rey es el ser mas despreciable de la creacion; así se comprende que el desequilibrio físico y moral de la especie humana, sus inquietudes, sus dolores y su muerte no son defectos sino castigos de la humanidad por su pecado; este abrió los caminos de la justicia, hizo desenvainar la espada en el Paraiso, lo desterró al sombrío terreno del dolor y de la desgracia inaugurando ese instinto de espacion que ha espantado á la tierra, derramando por todas partes un torrente de sangre que prueba así la verdad de la ofensa como la necesidad de su reparacion: porque la misericordia no habia desaparecido del cielo, el amor que habia presidido á la creacion, aborreciendo la culpa compadecía al culpable, y dispuesto á restaurar la obra de sus maravillas, entre los rayos y relámpagos de las justicia habia sonado la voz de la misericordia diciendo: *Ecce venio*. Vengo á reedificar la obra destruida por el pecado; vengo á ofrecer una espacion proporcionada á Dios que la pide y superior á la falta cometida, vengo á dar una satisfaccion á la justicia á cuya ley imperiosa se sujeta el mismo Dios; vengo, en fin, á romper las cadenas del pecado, cambiando el destino de la muerte, de castigo de la humanidad, en principio de su reparacion y de su gloria.

Ved aquí la Redencion decretada en el consejo de la justicia, ordenada en los recursos de la sabiduría y aceptada por el Verbo en los empeños de su amor.

La justicia y la paz se han abrazado; la misericordia y la verdad parten de consuno á realizar la obra de los siglos. La justicia encuentra una víctima proporcionada á la ofensa. El hombre sustituye con la esperanza y el amor las sangrientas reparaciones del miedo, y la misericordia recobra todos sus derechos en

el código admirable de la cruz: allí el cordero dominador ofrece la oblacion de su cuerpo immaculado substituyendo á todos los sacrificios impuros ofrecidos: este cordero es un Hombre-Dios: hombre para dar su sangre; Dios para darle su valor: hombre para que la espiacion la ofreciera el delincuente; Dios para que su mérito lo aceptara el ofendido: hombre que usaba de la libertad del culpable; Dios que representaba la autoridad ultrajada: hombre, en fin, porque la obra no era de creacion, sino de reparacion; y Dios porque ella debía ser infinita: este el cordero que domina al mundo desde el trono de la cruz, que vence á la muerte, muriendo; que restaura la vida sacrificándola, y que colocado entre Dios y los hombres abre sus brazos para abarcar extremos tan distantes, uniéndolos con su fuerza divina y estrechándolos con el fuerte lazo de su amor.

Tal es el Redentor anunciado por tantas profecias, prefigurado en tantos hechos, y en tantos justos de todos los siglos de esperanza, descrito en tantas tradiciones profanas del mundo envilecido; y pedido, en fin, por tantas lágrimas y tantas generaciones que autentizaban su necesidad. ¿Quereis conocerlo? Examinad el fiel retrato de todas las miserias humanas y el cuadro mas posible en la tierra de todas las grandezas divinas; y el individuo que las represente, adoradlo: ese es Jesucristo; ese es el Redentor.

Dejando aparte todas las señales que precedieron á su nacimiento, recorramos ligeramente sus dias misteriosos, principiando en Belen y concluyendo en el Calvario. Como viene á la tierra con el carácter de víctima nace en un pesebre, es perseguido en su infancia, sufre los terribles efectos del primer anatema

tomando su alimento en cambio de sudor y de trabajo, prueba nuestras dolencias y amarguras, experimenta todas las contradicciones de la vida; y el Huerto de las Olivas, el Pretorio, la calle de la Amargura y el Calvario ponen en relieve su amor y su dolor, el amor de Dios y el dolor del hombre; el amor de un Dios que se inmola por la humanidad y el dolor de un hombre que cargando voluntariamente con todos los pecados del mundo sudó sangre y postrado en el Huerto, delante de su Padre, sufre hasta la agonía de un alma que pesa toda su enormidad y mide los padecimientos de su espiacion: por eso el mérito del Calvario se califica por las congojas de Gethsemaní, y no puede haber verdadera cruxificacion ni sacrificio sino principia por el Huerto de las Olivas.

Apenas recuperado de aquella angustia mortal que habia vencido la obediencia y terminado el amor de Jesucristo pasa á otro orden de ideas y de sufrimientos que hieren su bendita alma porque le hacen probar todas las amarguras de las debilidades humanas. Un discípulo lo vende, otro lo niega, los demás lo abandonan, su pueblo favorecido lo prende y escarnece, tres tribunales recorre con la mansedumbre del sufrimiento; y en uno encuentra el orgullo, en otro la burla y el desprecio, en todos la debilidad antepuesta á la justicia; y se trataba de la vida de un hombre declarado inocente, pero se ensancha la calumnia y se desoye la verdad, se justifica la impostura y se desatiende la ley, se mira el interés y se vende la justicia. Todo lo que no es de Jesucristo está contra él, ha dicho el Evangelio, y la traicion de Judas, la indiferencia de Pilatos, la negacion de Pedro, la burla de Herodes y el orgullo de Caifás contribuyeron tanto á su muerte como la

envidia de los escribas y el encono de su pueblo.

Ya abrazado á la cruz y derramando sangre por las calles del pueblo criminal camina entre ladrones al Calvario. Subamos á su cima para dar testimonio del Hombre-Dios que consuma la Redencion prometida. En una cruz y pendiente de tres clavos está colocada una víctima, blanco de la envidia y el odio de un pueblo amotinado; aunque en su semblante está retratada la humildad, sus cárdenos labios se quejan de su desamparo, ella está destilando gota á gota su sangre para cumplir una sentencia tan apasionada como dura; la política humana ha colocado en el patíbulo de la muerte á un justo vendido por un discípulo renegado por otro, abandonado de todos; alrededor del leño fúnebre solo ha quedado su Madre, unas cuantas mugeres y un amigo fiel que con su amor domina á la muerte; la atmósfera que se respira está cargada de imprecaciones y de insultos y cortada á veces por el eco triste de un suspiro maternal. Ved aquí al hombre.

El cielo se ha cubierto en medio del dia con las nieblas de la noche, el mundo se estremece y la alta montaña retiemblas en sus costados, los muertos saltan de sus sepulcros al empuje del último aliento de la vida. Un reo pide á otro perdon y misericordia, convertido en los últimos instantes de su vida. Un hombre ha sido coronado en su patíbulo mandando anunciar en él su reinado; este ha redactado su código en siete palabras sentenciosas, y levantando sus ojos al cielo ha dicho con firmeza á su Padre: «*Todo está ya consumado, está satisfecha tu justicia, mi amor y la esperanza de los mortales, el mundo está redimido.*» Ved aquí á Dios.

Sí, todo lo que había levantado en su desorden el

orgullo humano ha concluido por la humillacion divina de la Cruz; los sufrimientos todos de la vida quedan santificados en el Calvario, y la humanidad que sufre sus miserias, sus debilidades y su muerte converge á Jesucristo y en él se concentra como cabeza y rey de la humanidad. El ha tomado del hombre todo ménos el pecado, pero al aceptar su responsabilidad para poder espiarlo ha divinizado nuestros dolores, por esa comunicacion moral en que el hombre sufre sus trabajos por Jesucristo como este los sufrió por el hombre.

Si Jesucristo hubiera nacido envuelto en una púrpura, rodeado de grandeza y magestad como lo esperaba el pueblo judío y despues de establecer las bases de su reino perdonándonos la culpa hubiera vuelto al cielo ostentando como en el Thabor los resplandores de su gloria podríamos llamarle Dios, legislador, pero no mediador, ni Redentor; la vida habria quedado sin modelo; sus enfermedades y sus dolores sin medicina; sus lágrimas sin paño; su muerte, en fin, sin mérito; pero baja Dios á la tierra, y se hace hombre para redimir al hombre, recorre todas las miserias de la humanidad, hasta apurar las heces al cáliz de la amargura; este Dios ha sido niño, jóven, pobre, perseguido, crucificado y muerto; este sí es el Redentor de la humanidad, el Dios del corazon, el Dios del amor; por eso dice San Bernardo que es mucho mas amor pagar por los pecadores que perdonarlos; el perdon sin el sacrificio hubiera sido un acto de poder que nada añadía al Dios que habia creado el mundo de la nada, ni al hombre que respetaba su omnipotencia; pero achicarse la divinidad para mezclarse con el hombre, tomar sobre sí la responsabilidad de su crimen y pagarlo con su san-

gre y con su vida, esta es obra de un amor infinito y obra que completa y satisface al amor de Dios.

Así solo podemos comprender el mérito de aquel sudor de sangre en el Huerto de las Olivas, de aquellas humillaciones en el Pretorio, de toda su Pasión en el Calvario. Todo es un misterio de amor en Dios que tanto amó al mundo, que nos dió á su Hijo consustancial para salvarle; misterio de amor en Jesucristo que cargó sobre sí con todos los pecados del mundo para espiallo, satisfaciendo por todos á la divina justicia; y misterio de amor para el hombre que por el sacrificio de la cruz ha sido conquistado su corazón para pagar amor con amor; el amor de Dios sacrificado y muerto por nosotros con el amor del hombre sacrificado en la cruz de la penitencia con el holocausto completo de su espíritu, la pasión y muerte de sus sentidos y su santa obediencia hasta la muerte. Así la cruz es el centro de la Religión; la estrella radiante que despeja los horizontes de la vida, el propiciatorio de la ley de gracia, el trono de todas las misericordias y la enseña gloriosa de nuestra Redención.

NICOLÁS DE LORA, PRO.

JESUCRISTO Y SU PASION.

I.

Había sonado una hora solemne de espectacion y de inquietud universal.

Los oráculos y las tradiciones religiosas de todos los pueblos, há siglos, la venian señalando.

En este punto existia una completa uniformidad. Sin duda, la Providencia así lo había permitido y dispuesto.

Para rehabilitar al género humano y reconstruir sobre su primitiva base la obra de Dios, era necesaria y urgente la intervencion divina.

El hombre estaba incapacitado para tan alta empresa.

Ni su razon, ni su virtud, ni su conciencia pudieron jamás proporcionarle un medio salvador; ni aun lo intentó de veras.

Solo tres nombres llenan la historia del género humano por el largo espacio de cuatro mil años: Oriente, Grecia y Roma.

Esta alta síntesis de los esfuerzos humanos vino á encerrarse naturalmente en un reducido círculo.

Supo crear pueblos, principios, civilizaciones bajo la presión de una idea.

Pero sus resultados fueron locales; y nunca elaboraron el bien universal.

Pudiera fijarse la punta de un compás sobre cualquiera de aquellos puntos y al trazar el círculo de sus esfuerzos, siempre encontraríamos un vacío inmenso fuera de nosotros.

El hombre, la humanidad, no se hallaba en aquel círculo.

II.

Para dirigirse al género humano era necesario ser superior á él.

Solo su Autor tenia el derecho de hablarle, imponiéndole un lenguaje comun, ideas ciertas y universales.

El Verbo de Dios habia hablado al hombre en el Paraiso.

Cuanto cumplía á la realizacion de su destino lo supo por este medio.

La docilidad y la obediencia lo hubieran completado sin esfuerzo.

Entónces el orgullo del hombre quiso enmendar la palabra divina.

El Verbo humano contradijo al Verbo divino. El

pecado y la confusion se entronizaron luego en el mundo.

Y desde entonces, el hombre no ha podido entenderse jamás respecto á Dios, su Creador, en cuanto su conciencia ó sea su responsabilidad moral, respecto á los demás seres inteligentes, ó sean sus relaciones humanas y sociales.

III.

La bondad del Artífice supremo vió alterada la obra de sus manos.

No quiso, sin embargo, quedára incompleta é impotente para el bien.

Despues del pecado, Adan oye en el Paraiso la promesa de su rehabilitacion.

Siente luego en el corazon el peso de la esperanza!

Y la trasmite al morir entre sus hijos, como un depósito sagrado; como la herencia mas preciada en este valle del dolor.

La raza de Sem la prohija y conserva, y la tradicion de todos los pueblos coloca esta promesa en el tabernáculo: se encuentra iluminando el fondo de todas las teogonías.

IV.

La esperanza universal se prostituye y altera.
El orgullo del hombre viene á ser su mayor enemigo.

La escena de la vida es un cuadro oscuro y cargado con la degradacion y el crimen universal.

Dios, no obstante, quiere alumbrar al género humano en medio de los horrores porque viene atravesando.

Y los Patriarcas, Padres de pueblos numerosos sostienen contra los mas rudos empujes la antorcha tradicional de la rehabilitacion.

Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, Salomon, Daniel, Isaias, todos los legisladores, jueces, reyes y profetas del pueblo hebreo vienen contando y precisando los momentos de la aparicion del Salvador.

Puede asegurarse que el pueblo judío fué, en toda su estension, un gran profeta.

Su religion, ritos, sacrificios, literatura, costumbres y aspiraciones se dirigen á simbolizar y preparar el gran dia de la liberacion: quedando obligado con este motivo á responder, por ordenacion divina, de este preciado depósito ante los demás pueblos sumidos por largo tiempo en la supersticion y la idolatria.

V.

Iba á sonar la hora por tantos siglos deseada.

Cualquier observador habria podido escuchar fácilmente el grito universal del dolor y de las esperanzas de la humanidad.

Tácito, Suetonio y los oráculos de las Sibilas, Daniel, Ageo y Malaquías habian designado aquel momento solemne para el género humano.

Este momento llegó.

En una callada y plácida noche de Diciembre, bajo aquel cielo purísimo de la Palestina, una voz desconocida y misteriosa recorrió dulcemente el espacio.

Las montañas y los valles de la Judea repitieron alegremente el eco del mensajero del cielo.

«Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

La voz calló y unos cuantos pastores dejan el rebaño y la lumbre medio apagada de su hoguera para saludar al recién nacido en un establo de Belen.

Allí, envuelto entre humildes vestiduras, aparece un niño, que sonríe en el regazo de la mas pura y bella de las vírgenes de Judá.

Allí tambien el casto esposo, el oscuro artesano, el virtuoso José, ampara con su tranquila mirada y presencia aquel grupo, que los ángeles adoraban desde el cielo.

Los pastores conmovidos vierten lágrimas de regocijo y se prosternan ante el desconocido.

A poco una estrella guiaba, al resplandor de su fanal, á los sabios y reyes del Oriente, hasta Belen donde se eclipsa.

Ofrecen á los pies del niño oro, incienso y mirra, como testimonio de su veneracion.

La humanidad, en fin, había saludado y reconocido á su Redentor y libertador.

VI.

Las profecías habían llegado á su término.

El cetro de Judá era ya ocupado por un extranjero.

Las águilas de Roma ondeaban tranquilamente sobre lo alto de los muros y torres de la Ciudad santa.

La montaña de Sion, las respetables moradas de los videntes y profetas, pronto quizás serían profanadas: quizás llegarían á ser un recuerdo, una grata y consoladora tradicion.

El vate inspirado del dolor, el cantor de las ruinas, el cisne de Jerusalem, aquel, de quien L'Harpe ha dicho que supo igualar las lamentaciones á los dolores, Jeremías, en fin, había arrancado á su lira ecos profundos y lastimeros.

Llegó á entrever en la hora del misterio y de la inspiracion la ciudad desierta, engramado el camino que conducía al templo y alcázar solitarios; las vírgenes de Sion cruzando vagarosas á lo largo de las ruinas, llenando los aires de lágrimas y suspiros, á que contestaba el silencio y ese hálito de muerte que se desprende lentamente del fondo de una ciudad en ruina.

Jerusalem estaba advertida.

Cada momento que pasára, sería ya el cumplimiento de una revelacion.

El tiempo quedaba encargado de completar la última profecía.

Un vil cortesano de Augusto pretendió ahogar en su cuna las esperanzas vivas de la humanidad.

Decreta y lleva á cabo el asesinato y esterminio de todos los niños varones de la Judea.

Razon tuvo el emperador para asegurar, segun cuenta la tradicion, que mas quisiera ser perro de Herodes que súbdito.

Pero el tirano no pudo ver realizado su sueño.

Solo le queda el oprobio y la ignominia de haberlo intentado.

VII.

El Cristo prometido se apodera, por último, de la enseñanza de la humanidad.

Y por vez primera, el género humano oye una voz amiga que responde con seguridad á todas sus aspiraciones y sentimientos.

Recorria entonces la Judea el Nazareno imponiendo á los pueblos su doctrina con la autoridad del milagro y la profecía.

No discute ni busca en sus oyentes la sancion de sus ideas.

Habla en nombre de Dios.

Se nombra su Hijo Unigénito y señala con calma deberes humanos muy dificiles de cumplir.

El pasado le pertenece y lo esplica; dispone del presente, y resuelve tranquilamente lo porvenir.

Se dirige al hombre entero, esto es, á su inteligencia y á su corazon.

Pide lo que nadie se ha atrevido á exigir antes ni despues de él.

El Amor; el tributo constante del corazon.

Y los pueblos le siguen y rodean por todas partes, ávidos de escuchar sus deberes.

Un dia, en lo alto de una montaña, mientras que la multitud escuchaba silenciosa en la llanura, pronuncia Jesus estas solemnes y consoladoras palabras,

que habrian de transformar al mundo.

«Bienaventurados los pobres... bienaventurados los que lloran...»

Desde entonces toma partido por los débiles, los infortunados, todos los que sufrian y lloraban, los desheredados en la tierra, prometiéndoles recompensa y felicidad sobrada en el reino de su Padre.

Comparte con los pequeños, los niños á quienes ama, y presenta su inocencia como el ideal de la regeneración moral que predicaba.

No viene á destruir sino á reedificar y salvar.

Proclama la unidad del género humano, le recuerda su origen divino, y enseña el dogma de la fraternidad universal.

Dice que «no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.»

Y perdona á la Magdalena, la Cañanea y la Samaritana.

Deposita la esperanza en el tabernáculo de la conciencia, y abre al arrepentimiento el camino del cielo.

Rodeado por do quiera de desgraciados es accesible al dolor y las lágrimas.

Llora con Marta y María en la muerte de Lázaro, su amigo á quien vuelve á la vida; y resucita al hijo de la viuda de Nain.

Sus continuos milagros son mas bien que testimonios de su poder, actos de ternura y generosa compasión.

Escoge por sus primeros discípulos á pobres pecadores á quienes promete la victoria, despues de la persecucion y de la muerte.

No adula al poder ni lo contraría; solo recuerda que la soberanía viene de Dios y que son los poderes sus ministros responsables.

Enseña á sus discípulos que «su reino no es de este mundo» y que deben dar «al César lo que es del César», y «á Dios lo que es de Dios.»

A diferencia de lo que sucede en los dominios de la tierra, añade á sus discípulos, «el que quiera ser mayor entre vosotros sea vuestro servidor.»

Ordena la necesidad de la humildad, cuando afirma; «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.»

Y abrazando la vida en toda su estension, en sus relaciones con Dios y con los hombres, establece el santo principio del amor y de la caridad, vínculo admirable y fuerte que une al cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, Dios y el hombre.

Y constituyéndose, luego, él mismo como centro de este fuego sagrado que había venido á depositar en el mundo, se consagra por su propia voluntad víctima espiatoria de los pecados de los hombres.

«El buen Pastor dá su vida por sus ovejas.»

Y anuncia á sus discípulos que será entregado por uno de ellos á sus enemigos, que todos le abandonarían y se escandalizarían, recibiendo la muerte en el madero infamante de una cruz.

Asegura, por último, que resucitaría el tercer día y que el mundo daría testimonio de su victoria y gloriosa resurreccion.

VIII.

Jerusalen rebosa de extranjeros.

Multitud de israelitas, procedentes de todos los pun-

tos del globo, vinieron á celebrar la Pascua.

La Pascua era para los hebreos su tradicion mas riente, el acto mas augusto de su religion.

Las profecías hablaban de la sustitucion del Cordero pascual.

En la última de las setenta semanas de Daniel se decia que sería muerto el Cristo.

Sobre la ciudad de David venian pesando los mas crueles presentimientos.

Pudiera afirmarse que el aire estaba sembrado de siniestras predicciones; y la voz de los profetas dominaba solemne y pavorosa sobre el estupor y conmocion universal.

Unos momentos antes la ciudad se habia vestido de gala.

El pueblo victoreaba al hijo de David.

Un clamoroso *hosanna* partiendo de los diversos puntos de la poblacion habia saludado al que *venia en nombre del Señor*, formando á su paso arcos de triunfo entretegidos de palmas y olivas.

Sin duda esta debió ser la señal de orden para todos sus enemigos.

La tempestad llegó á desencadenarse en contra del Mesías.

El Sanhedrin estaba constituido.

Llegaron á tomar asiento en aquel tribunal el odio, la hipocresia, el orgullo, todo el miserable consorcio de las pasiones humanas.

Decian era necesario salvar los fueros de la humanidad y de la justicia.

Un hombre pasó por la tierra haciendo bien, y era muy justo, y urgente por demás, revindicar á la humanidad y á la justicia.

El Mesías fué condenado á muerte.

IX.

Mientras tanto, Jesus oraba por *todos* en el huerto de las olivas.

La luna brillaba en lo alto del cielo, esforzándose por cambiar en dudosas claridades las sombras y misterios de la noche.

Todo estaba en calma.

Apenas el aura acariciaba las hojas de los árboles.

Solo se percibia allá á lo lejos el eco triste y vago de un torrente.

El Cedron parecia que murmuraba á veces una plegaria, á veces un quejido de dolor.

Debió ser aquel un momento solemne de meditacion para el Redentor del mundo.

La naturaleza era el tabernáculo de la oracion de su Autor.

A poco un ángel ofrece al Mesías el amargo caliz de su Pasion y muerte.

Tiembla ante su vista y aparta con su mano el ángel de la tribulacion.

Un sudor frio recorre velozmente todos sus miembros helados de espanto.

La sangre de Cristo enrojece por vez primera la tierra que antes habia regado con sus lágrimas.

El sacrificio fué aceptado.

Y desde entónces la humanidad aspira por aquella sangre y lágrimas un ambiente de frescura.

X.

Numerosa muchedumbre armada, y ébria con sus gritos y atroces pensamientos, penetra en el retiro del Mesías, abstraído aun en profundas meditaciones.

Un hombre se adelanta.

Era el gefe: quien dá un ósculo de paz al Redentor de los hombres.

Momentos antes, habia tomado el traidor su asiento en la sala del festin; recibiendo el cuerpo y la sangre de Cristo en su última cena.

Debió ser aquella la señal convenida, pues los soldados y satélites del monstruo, encadenan á Jesus con fuertes ligaduras, y lo arrastran ante los tribunales.

Oye en su camino todas las injurias, los insultos mas atroces, sin exhalar una queja, sin rebuscar con una mirada ó una palabra un signo de compasion.

Sus discípulos. en tanto, le abandonan.

Herodes lo escarnece, y le regala un cetro y corona, pero de punzantes espinas.

Pilatós lo declara inocente ante la faz del pueblo, y sin embargo lo manda azotar.

Débil y cobarde, ante las murmuraciones y amenazas de la multitud, condena á Jesus á sufrir muerte de cruz.

Un grito infernal señala con voz de trueno el porvenir de aquel desgraciado pueblo.

La sangre de este caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Y Jesus es entregado á merced del populacho, llevan-

do con dificultad sobre sus hombros el pesado leño de su suplicio.

Despues de mil congojas, caidas, golpes é insultos, percibe el Gólgotha. bañado con el rojizo resplandor de la maldicion y del terror universal.

Allí, levantada la cruz en lo alto es estendido y clavado en ella, en medio de dos ladrones.

La naturaleza se reparte el trabajo, en tanto, de dar solemnidad y horror á la escena de un Dios hecho hombre que muere por su amor en la cruz.

La última palabra de Jesus, déjase escuchar tonante y poderosa.

La Pasion se habia consumado.

La humanidad al otro dia se sintió libre del peso del pecado, y encontró el secreto de su libertad y rehabilitacion moral.

Acatemos de rodillas este momento solemne para la humanidad.

AGUSTIN SANCHEZ TORRES, PRO.

POESIAS. (1)

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

¡Y eres Tú el que velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado,
Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor, mas poderoso que la muerte:

(1) Van publicadas las poesías segun el orden con que han llegado á la redaccion.

Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y, hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ayl! ¡Quién podrá mirarte,
O paz, ó gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudalés
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cinó corona de punzante espina?

Cesad, cesad crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guía,
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaot su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor porque me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste;
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?...
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente;
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, angel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja espíada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA:

À JUROS.

SONETO.

Cuando el horror de su traicion impia
Del falso apóstol fascino la mente
Y del árbol fatídico pendiente
Con rudas contorsiones se mecía;
 Complacido en su mísera agonía
Mirábale el demonio frente á frente
Hasta que ya del término impaciente
De entrambos piés con ímpetu le asía
 Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsion trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
 Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGU.

À NUESTRA SAGRADA RELIGION.

DE JESUS CRUCIFICADO.

SONETO.

Árbol divino que en Sion naciste,
Humilde y pobre y entre sangre y duelo;
Y, apenas vivo, al infamado suelo
Sombra feliz en tu follage diste.
Aun á despecho del turbion creciste;
Y desde Oriente á la region del hielo
Tu rico fruto se extendió, y al cielo
Tocar tus ramos victoriosos viste.
¿Que dá á tu gloria y á tu excelso nombre
Que despechada la mansion del llanto
Con impías guerras á tu grey asombre.
Si tú la cubres con tu augusto manto,
Y has de vivir mientras respire el hombre
Y luego siempre en el Empíreo Santo?

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

ANTE UNA IMÁGEN
DE JESUS CRUCIFICADO.

SONETO.

¿Y el Rey divino de la tierra y cielo,
Padre de amor, eterno, omnipotente,
Es el que miro de una cruz pendiente
Bañando en sangre el abatido suelo?
¿Y dá su vida con humilde anhelo
El que és de vida sempiterna fuente?
¿Y el ser humano, del Ocaso á Oriente,
No se estremece con amargo duelo?
Gima Satan; y, de terror suspenso,
A Dios contemple que al mortal redime
Del negro yugo del pecado inmundo.
Y el hombre, lleno de pesar inmenso,
Póstrese ansioso ante la cruz sublime
Do espira amante el Redentor del mundo.

ANTONIO SANCHEZ DE MOQUEL.

Sevilla Marzo 1867.

A DON HILARION ESLABA

en ocasión de su composición sobre las lamentaciones cantadas en la Catedral de Sevilla.

Tal vez asalta mi angustiada frente
del Vate del dolor lúgubre canto,
cuando á Salém, su soledad y espanto,
con cítara doliente
sobre el ruinoso muro lamentaba:
tal vez al suyo mi gemir mezclaba,
al contemplarla desolada, yerta,
en polvo convertida
y mísero despojo, la escogida,
de bárbaro opresor, para alto ejemplo:
cautivo el pueblo, la ciudad desierta,
ruina el alcázar, profanado el templo.

Mas este triste anhelo congojoso
que el ánima afligida fatigando,
súbito anima en cuadro pavoroso
la tierna virgen de Sion llorando,

y en su dolor profundo
horrendo crimen pronunciando al mundo,
¡cuánto, Esclava inmortal, crece gigante
al sonoro acento
con que del vate las endechas pias
perfuman tus celestes melodias!
al escitar vibrante,
ira, piedad, asombro, desaliento!
al inspirar enérgico, sublime,
el fuego ardiente que tu Genio imprime!!!
Entonces sí, que de entusiasmo henchida,
tiempos y espacios rápida salvando
la mente arrebatada,
mira lanzarse en escuadron sañoso,
cual de voraces buitres negro bando
sobre anhelada presa,
el Babilon y Egipto rencoroso,
á la santa ciudad infortunada.
Ya rueda hasta el profundo,
del rápido Cedron arrebatado,
sin gloria derribado,
el régio alcázar que asombrará al mundo.
Ora crujir las desquiciadas puertas
oigo y los anchos muros torreados:
ora en plazas desiertas,
lodo y sangre y polvos salpicados,
escombros removiendo,
alzar los canes temeroso ahallido;
y sus alas fatídicas cerniendo,
la siniestra corneja hondo jemido.
O ya en las altas bóvedas retumba
del templo de Romúlea esplendoroso
donde al Señor tus cánticos presentas.

desgarrador quejido
que el corazón destroza conmovido,
y en los robustos arquitecinos zumba;
evocando e que al cielo riguroso,
en su baldón y afrenta
eleva el hijo de Judá postrado,
de duro leño sin piedad cargado.

¡Cuánto de luto y de aflicción rebosan,
ya el eco de la virgen mancillada,
ya el noble en servidumbre envilecido,
ya el que verdugos bárbaros acosan!
la esposa arrebatada,
el tierno infante de dolor transido!
y en la ciudad inerte,
hambre, horror, desnudez, oprobio, muerte!!!
¿Quién sin el fuego que en tu frente brilla
trazar osára en mágicos acentos
los rudos sufrimientos
del hijo de Jacob, de Dios maldito?
la algarazara de Edom, su infiel cuchilla
segando las gargantas del proscrito.
cual seca mies de la feráz Gadára?
¿Quién la feroz sonrisa retratara
del Babilón liviano
hollando altivo de Israel el cuello,
ó á Mizraim que, ardiendo en vivo enojo,
prueba á borrar insano
de sangriento baldón eterno sello
cuando sus fuertes devoró el mar rojo?
¡Ay! cómo lastimeras
ensordecen los vastos horizontes
de Bersabé y Sidon sentidas quejas;
que en Galaád los montes

repiten, y de Arnón ambas riberas!
Llora Ramá con llanto de sus ojos,
Gime Betsaida, Jericó responde,
¡A dónde, clama, á dónde
el santo de Israel en sus enojos
volvió la faz, encaminó su planta?
¿Por qué sobre su carro se levanta,
y encubre ¡ay mé! la luminosa huella,
blanda en Horéb, en Sínai fulgurante?
y en su furor en nube rebramante,
rayos de fuego cárdeno destella?

Tú, Eslaba, tú lo viste;
tú los clamores ávido escuchabas,
el ronco acento y funeral quejido:
tú de la ira de Dios el estampido
á mensurar subiste,
y de Sion el estrago presenciabas.
¡Ay! que en dura cadena
viste arrastrar desde el albergue amado,
de sus ciudades los vencidos dueños!
Viste cuando Ihowah rompió el vallado,
de su huerto preciado;
deshojarse la cándida azucena,
el Cipro de Engaddí sin sus aromas,
y tornar seco leño.
el que brindára regaladas pomas:
el lirio de los valles
viste pisar por desolada esposa;
crecer la grama en pórticos y calles
de Betlem rica y de Caná frondosa
que sombreaba otro tiempo la enramada,
cabe el átrio de apuesta desposada,
Férreo yugo ominoso

viste agobiar su cuello,
en vez de taráceadas gargantillas;
y al arrullo de amantes tortolillas
suceder el bramido
de montaráz Onágro estrepitoso,
ó estridente resuelto
de áspero javalí que el campo tala;
y viste en fin como cayó la gala
de Judá y sus donceles escogidos,
á duro cautiverio reducidos!!!:
solo tú, solo tú que al almo cielo
robas el rayo creador, fecundo,
que á Tébas opulenta
en noble magestad arrojó al mundo;
tú que rasgaste el misterioso velo
donde su trono asienta
coronada de flores,
y al sonar de su cítara divina
embarga el alma, el corazon domina,
Euterpe con dulcisonos primores.

Salud, salud á tí, sublime Eslaba:
allá desde la córte de Castilla,
que entusiasta tu mérito pregona:
que tu nombre inmortal en bronce graba,
y orna tu sien de espléndida corona,
acoge la ovacion con que Sevilla
tus láuros acrecienta,
cuando en noche de mística memoria
del orbe pasmo, del cristiano gloria,
en los soberbios ámbitos resuena
tu sacro canto, del inmenso templo;
y de piedad para perpetuo ejémplo,
el vasto espacio de sus naves llena.

JUAN MANUEL ALVAREZ.

LA SANTA CRUZ.

SONETO.

¡Siempre, siempre la Cruz! Desde que al viento
dióla con fé Pelayo en la montaña,
no hay triunfo, no hay proeza en nuestra España
que impulso no la deban y alto aliento.

Testigos ocho siglos de ardimiento
contra el hijo de Agar, y tanta hazana!
¡Testigo el mar que nuestras costas baña
Y es á Colon perenne monumento!

Testigos.... ¡mas el signo del Calvario
no ha de ser prenda cierta de victoria
si en él quiso espirar quien nos dió vida,

Y quien hizo del fúnebre sudario
manto inmortal de sempiterna gloria
y al morir á la muerte vió vencida?

FERNANDO DE GABRIEL RUIZ DE APODACA.

JUAN MANUEL ALVAREZ.

JERUSALEN.

Dabo domum istam sicut Silo,
et urbem hanc dabo in maledic-
tionem cunctis gentibus terræ.

(Jerem., cap. XXVI. v. 6.)

Triste Sion, tu manto
Rasga en señal de perdurable duelo;
Alivio sea á tu dolor el llanto,
Que eterno es tu quebranto
Y á la vez lo publican tierra y cielo:

Por la maldad guiados,
Tus hijos á su Dios desconocieron;
Diéronle dura muerte despiadados,
Y en su furor, osados,
Su nombre y su poder escarnecieron.

¡Ay! llora: el sacrificio
Ya consumado está... La turba ciega
Huye aterrada del fatal suplicio,
Que, de su culpa indicio,
Tiembla el órbe y su luz el sol le niega.

Y el trueno ruge airado,
Desátase la mar embravecida,
El hirviente volcan brama irritado,
Y el mundo vé asombrado.
En los sepulcros renacer la vida.

¡Tiembla, Sion!... Llegada
Es para tí la hora... Infausta guerra
Dejará tu campiña desolada;
Tu prole desdichada
Amparo no hallará sobre la tierra.

Del Gólgotha en la cumbre
Aun yace Dios, pendiente del madero:
Cércale en torno misteriosa lumbre;
Amor y mansedumbre
Muestra la faz del celestial Cordero.

Amor, amor profundo
Que eterno bien y salvacion ofrece:
La esperanza por él reina en el mundo,
Y Luzbel iracundo,
Vencido en sus cavernas se estremece.

Mas ¡ah! que designado
El Verbo fué, cual víctima expiatoria,
Para lavar la mancha del pecado,
Y su sangre ha regado
La palma celestial de esta victoria.

La existencia debía
Costar de un Dios, y de su madre tierna
El ardoroso llanto, que sería
Ofrenda dulce y pia
De paz y amor y de ventura eterna.

Ella siguió' anhelante
Los pasos de Jesús: de pena herida
Tinto en sangre miró su albo semblante,
Y muda, palpitante,
Ora ¡ay triste! en lo cruz le vé sin vida.

¡Oh, Madrel Sin consuelo
Vuelves los ojos hácia el Hijo amado;
Él era solo tu constante anhelo.....
¿Quién ya podrá en el suelo
Dar alivio á tu pecho acongojado?

El mundo nada encierra
Que lenitivo á tu afliccion señale:
De la muerte el silencio tu alma aterra,
Sola estás en la tierra....
¡Ay! no hay dolor que á tu dolor iguale.

¿Cómo al ver tu tristura
No se conmueve el pecho del impío?
¡Oh! déjame un momento, Vírgen pura,
Unir en tu amargura
A tu llanto de amor el llanto mio.

Y tú, ciudad deicida,
Si de Jesús la suma omnipotencia
Adivinas de horror estremecida,
Llega á sus piés rendida,
Que es fuente inagotable de clemencia.

Mas ¡ah! que el orbe entero
De tu impiedad, ¡oh pueblo! es ya testigo.
No hay perdón para tí... Grande y severo
Se alza el Dios justiciero...
¡Su eterna maldición irá contigo!

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.



LA MUERTE DE JESUS.

SONETO.

¿Por qué no brilla en la mitad del cielo,
apagada su lumbre, el dios del día?
¿Quién robando á los orbes su alegría
súbito de tinieblas cubre el suelo?
¿Por qué las tumbas se abren...? ¿Por qué el vuelo
suspende el aire y rebramando impla
lanza al zenit la mar su espuma fría,
tiemblan los montes y se rasga el velo?
¡Ay...! que pendiente de mortal suplicio,
del Gólgota en la cumbre moribundo
consume el Salvador su sacrificio!
Ruje de ira el báratro profundo,
recibe la hostia ya el Señor propicio...
Jesus espira... y se redime el mundo!!

J. J. BUENO.

À NTRA. SRA. AL PIÉ DE LA CRUZ.

ELEGÍA.

Ya que desamparada de los hombres
Y hasta del mismo Cielo,
Llorais vuestra orfandad y desconsuelo,
Desolada Señora;
Permitid compasiva os acompañe
El triste pecador, que tambien llora.
Dadme que vuestros piés humilde bañe
Con emociones de filial ternura,
Sin rechazar, benéfica María,
Mi torpe indignidad, mi boca impura.
Dadme, si, que en el polvo prosternado
Considere el martirio, la agonía
De vuestro corazón despedazado,
Y arderá en vuestro amor el alma mia.
El Cordero inocente,
Que del seno del Padre á lavar vino
De su costado en el raudal divino

Al humano linaje delincuente;
El inefable Verbo,
Que para abrir las puertas eternas,
Escojió al humanarse como siervo
Vuestras castas entrañas virginales:
De la Cruz inmolado ya en el ara,
Yace ahora sangriento
En vuestro dulce maternal regazo,
Y al estrecharle en entrañable abrazo,
Acreceis mas y mas vuestro tormento.

En un mar anegada de amargura
Contemplais, ó Maria,
Esa víctima pura:
Mas al ver el estrago,
Con que la rabia de Israel impía
Lastimó su inocencia,
Desvais de sus miembros destrozados
Los ojos con violencia:
Los ojos inflamados,
Que fijos en el cielo justiciero
Con silencio profundo,
De un ¡ay! interrumpido lastimero,
Cúlpanle al parecer el abandono,
En que espirára el Salvador á manos
De seres inhumanos,
Ciegos de saña y de implacable encono:

El áspero madero
Con la reciente sangre matizado,
Que el cándido Cordero
Por la estirpe de Adan ha derramado,
Es de vuestra cabeza el solo apoyo
En el frio letargo,
Que os huela los espíritus vitales,

Y en vez de dar alivio á vuestros males,
Fomenta, ¡ó Dios! vuestro dolor amargo.

La corona de espinas,
Que taladró las fibras delicadas
De sus sienes divinas;
Los clavos penetrantes
Que rasgáran las manos, creadoras
De la tierra y los cielos rutilantes;
La despiadada lanza,
Que en su costado santo abrió la herida,
Oríjen de salud, fuente de vida,
Que restituye al mundo la esperanza;
Todos cuantos despojos

A su pasión sirvieron este día,
Todos á vuestros ojos
Ahora están patentes:
Y todos á porfía
Vuestro pecho traspasan inclementes.

A los umbríos pálidos reflejos,
Que el macilento Sol despide apenas,
La corte de David allá á los lejos
Solitarias descubre sus almenas.
Mirais, afligidísima Señora,
Aquel horrible y fúnebre recinto,
Y os embisten crueles nuevas penas.
¡Qué mucho empero! Recordais ahora,
Que en la ciudad un tiempo de los justos,
Para absolver la raza pecadora,
En inicua sentencia
Ha sido condenada la inocencia,

De alados paraninfos esos coros,
Que del dulce Jesús el nacimiento
Celebráron sonoros

Con cánticos de júbilo y contento;
Hoy su rostro cubierio con las alas,
Por no ver horror tanto,
Del divino cadáver sin consuelo
Vagan en torno derramando llanto;
Y su amoroso duelo,
Y su dolor prolijo
Las lágrimas sin término acrecientan
Con que el cuerpo bañais de vuestro Hijo.

Madre del infortunio,
De la inmortal Sion Virgen sagrada,
Todo arrecia la horrisona tormeta
Do fluetuar os veo consternada.
La creacion lamenta
La muerte de Jesus. El Sol fallece,
Y la noche enlutada se presenta.
La tierra con espanto se estremece;
Reluchan los furiosos aquilones,
Sacudiendo en su empuje la montaña,
Que servian de techo á sus prisiones.
Brama el mar iracundo,
Ábrense los sepulcros: los peñascos
Con fragor se quebrantan: hoy el mundo
A su caos primero
De grado volver quiere,
El gemido escuchando postrimero
Del Redentor, que por el hombre muere.
Enmudece de espanto, ó lira mia,
Cuando neturaleza
Pregona en plañideros alaridos
Su sombrío terror y su tristeza.
En flores de sepulcro convertidos
Tus adornos de rosas y apahares,

El acento suspende melodioso:
Que con silencio humilde y religioso
Mas que en dulces cantares,
Plugo al cielo benigno concederte
Acompañar en tan funesto dia
Del buen Jesus la dolorosa muerte,
La soledad y angustias de María.



VARIEDADES.

EL VIERNES SANTO.

LA FÉ.

Nisi credideretis non intelligetis.

Espíritu Santo.

Saludémoste. ¡Oh Cruz! firme esperanza,
En estos días tristes, dolorosos
Acrecienta la gracia á los piadosos,
Y el perdon de su culpa al reo alcanza.

Himno que se canta en la Iglesia el
Viércoles Santo, despues de la adora-
cion de la Cruz.

La fé, SEÑOR. es el mayor de tus soberanos do-
nes. Por medio de la fé pones á tus criaturas en co-
municacion con tigo, porque ella traspasa la prision
en que nuestros sentidos sugetan nuestra inteligencia,
y salva el estrecho círculo de la razon humana; ella
nos proporciona así tu santo conocimiento, nos explica
nuestro ser y nuestro destino, esta vida y la otra.

La fé nos salva; es el triunfo de la santa sumision de los ángeles sobre el orgullo de Luzbel.

En vano han querido los hombres en su orgullo crear una fé humana, práctica y soberbia. De aberracion en aberracion han llegado á la locura sin poder hallar aquellos que la desecharon ciega y dócil, sin estas propiedades que forman su esencia, cosa que la sustituya.

El Viernes Santo empero es el dia de la fé cristiana, de la fé divina.—Se respira en el aire, se siente en el silencio y en la solemnidad que como unánime señal de veneracion y respeto, llena al mundo que por galardón lleva el nombre de Cristiano. En este augusto dia enmudece el ateo; en este dia solemne calla el descreido, y no osa unir su blasfema voz á la de los judios en su clamor deicida *Crucifige eum*, y en este dia aunque viste de luto la fé, es en traje de reina. Sí; viste de luto y llora, y con ella la Iglesia y todos sus hijos, y cuando al oír en los santos oficios del dia, estas sencillas palabras en la Pasion referida por San Juan, el apóstol querido; *Habiendo Jesus tomado, el vinagre exclamó: TODO ESTÁ CONCLUIDO y bajando la cabeza rindió el espíritu*, póstranse sus redimidos con profundo dolor y respetuosa adoracion al pié de la Cruz, glorioso patíbulo, trono de la fé, apogeo de la caridad, amparo de la esperanza!

En este dia el mas propio para implorar la misericordia del Señor, ruega la Iglesia por ella misma, por su cabeza el Santo Padre, por el Rey, por los Catecúmenos, por las viudas, por todas las necesidades, por los cismáticos, por los judios, por los paganos: á nadie olvida, á nadie excluye esta santa madre que tantos ingratos olvidan, de la que tantos ilusos se alejan.

Hay tres horas en este día mas solemnes aun que las otras, que son aquellas tres en que agonizó nuestro Salvador en la Cruz y en las que pronunció la víctima de Expiacion, las siete palabras que resuenan hoy en todos los corazones cristianos. En ellas se quejó de la sed, pero no de sus verdugos; halló paliativo al espantoso deisidio, y no lo pidió para sus sufrimientos; buscó amparo para su madre humana, y lo pidió para sí á su Padre Divino, prometió su reino al pecador convertido, ansiando al derramarla que los hombres cogiesen el fruto de su sangre: fueron las últimas de suprema caridad y sublime satisfaccion al sentirse morir; todo está cumplido, dijo, y bajando su cabeza coronada de espinas, sobre su pecho traspasado por una lanza, espiró, dejando al mundo redimido con su sangre, y regenerado con su enseñanza. = Todo estaba cumplido!

Inclínase entónces tambien nuestras cabezas como la de la sagrada víctima y un nuevo dolor parte nuestro corazon al ver al pié de la cruz la pálida madre que no abandonó á su hijo! Del afrentoso patíbulo baja á los brazos que al nacer le sirvieron de cuna el cadaver del primer mártir de la *Nueva ley* que al morir le sirven de féretro = y despues queda sola la pura Madre de Dios humanado, vestida de luto, clavada en su pecho una espada, símbolo del dolor que la traspasa, y así la apellida la *Religion. Virgen de la Soledad*, y la acompañan en ella con el sentido himno:

Stabat mater dolorosa
Juxta crucem lacrimosa.

mientras la devocion popular escucha en la calle al

pobre ciego, intérprete de sus sentimientos, que en este augusto día alza á intervalos tristemente su voz en las estrañas y lúgubres modulaciones de las conmovientes saetas, con este y otros recuerdos de la pasion del Señor:

Una corona le ponen
De espinas setenta y dos.
Qué le atraviesan las sienes
Y á María el corazon,

Angel de la tierra escogido para tanta gloria y para tanto padecer! tan humilde en tu grandeza como mansa en tus sufrimientos! Tú que nunca te muestras severa ni desviada sino que siempre amparas y consuelas, tú clemente, tú piadosa, tú misericordiosa que estas al pié de la cruz dolorosa y llorosa que tantas lágrimas derramaste, que por advocacion te pusieron los fieles *Virgen de Lágrimas*, recibe las que en este día derramamos contigo y con la Iglesia, y preséntalas á tu hijo unidas á las tuyas como los granos de arena adheridas á las perlas sacadas del fondo de un mar de amor, é inclina su oído á esta nuestra súplica; Señor pendiente en el árbol de la cruz, oye nuestros ruegos! Mira por la Iglesia nuestra madre y por su santo vicario nuestro Padre!—Ampara al pueblo Cristiano, y para que no sea perdido para nosotros tu divino sacrificio y tu preciosa sangre, concede lo que con tu Iglesia te hemos pedido en el Domingo de Ramos.

Aléjanos del fuego de las contradicciones; modera en nosotros el exceso de pasion; danos la salud del cuerpo y la paz del alma. (1)

- (1) Extingue flammam litium,
Aufer calorem nocium,
Confer salutem corporum
Veramque pacem cordium.

FERNAN CABALLERO.

MEDITACIONES RELIGIOSAS.

¿No es verdad que somos muy desgraciados? Vivimos en días tan horribles, que no parece sino que se haya cansado de sufrirnos la paciencia de Dios. Todos ven muy lejana á la esperanza, y algunos ¡ay! solo la vemos sentada sobre la piedra del sepulcro. Azorados caminamos por la carrera de la vida, esperando ansiosamente, y por tanto existiendo en cierto modo en el tiempo futuro. La grandeza de las cosas, la terribilidad de los sucesos nos pasmas, y volvemos inquietos á todas partes los ojos, porque sentimos vacilar bajo nuestros pies la tierra al rumor de una revolución que pone pálidos á los reyes, y trae al redor de sus tronos inquietas y espantadas á las naciones.

¿Qué hay? preguntamos hoy: el mundo va á transformarse. ¿Qué hay? preguntaremos mañana: el mundo está trasformándose.... Esperando vivimos atónitos, y esperando no vivimos, porque nos decimos como por instinto: demonios prisa á consumir este tiempo, pasemos corriendo este camino, con los ojos cerrados, cuasi sin pensar; porque el tiempo es tempestuoso, el

camino horrible; volemós, pues, á buscar otro país de serenidad, y otros días de paz en que podamos saborear largamente los instantes de la vida.

Mas apenas pensamos que en tanto, y á paso acelerado vamos acercándonos al sepulcro, que muchos tocamos ya con descuido pie su borde revaladizo, y que tal vez al preguntar mañana: ¿Qué hay? una voz que nos hará caer en él, nos responderá: para tí la eternidad.

Pues bien, que este pensamiento íntimo y profundo nos haga vivir y pensar y nos eleve á regiones donde no nos ensordezca el gran rumor del mundo, que pasa despedazándose, hácia la eternidad. Que nuestra alma allí contemple las maravillas de la naturaleza y en ímpetu de amor infinito vaya remontándose hasta Dios: que nuestra alma allí se replegue en sí misma, y al tentar sus propias llagas exhale dolorosamente inefables gemidos: que nuestra alma desde allí arroge una mirada poderosa al género humano, y le revele su vergüenza y su gloria, y truene reclamando de los hombres la libertad, la libertad que ha recibido de la mano de Dios.

Meditación primera.

Si en medio del esplendor sereno del día, ó de las sombras pacíficas de la noche alzamos los ojos al cielo donde está la patria del cristiano, y los fijamos despues en la tierra, lugar de su peregrinacion, sentiremos en el alma que la tierra y el cielo nos revelan con un lenguaje mudo, mas de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, provido, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

Esas estrellas que lucen sobre nuestras frentes, esas flores que admiramos á nuestros pies.

Esos arroyos que alegran con sus murmullos á la tierra, ese rocío que la refresca, esa lluvia que enriquece sus entrañas.

Ese mar azul, espejo magnífico del cielo, que así como un esposo abraza á su esposa, ciñe á la tierra coronada de flores con brazos resplandecientes; ese sol, que imagen de Dios, alumbra y vivifica; esa dulce y sagrada luna que baña con rayos tímidos el mundo dormido y tenebroso, como una lámpara que brilla en un templo solitario, como una esperanza que sonríe consolando en medio de una profunda aflicción.... todo, todo nos revela con un lenguaje mudo, mas de celeste energía, la existencia de su Dios bueno, provido, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

El universo es su templo, el corazón del hombre es su altar.

¿Pero quién es este Dios, cuya existencia, las flores cuando se entreabren anuncian, proclama el mar cuando ruga, y dice á millares de mundos el sol cuando les ilumina? Abrid, y leed el Evangelio, y hallareislo escrito en caracteres de amor....

Un hombre, hombre á los ojos de los hombres, pero Dios á los ojos de Dios, nace en un pesebre para ennoblecer á la pobreza, vive entre miserias para santificar á la desgracia, permite reclinar sobre su seno la frente de un amigo para hacer sagrada la amistad, y enclavado en una cruz, y delante de un mundo para quien era virtud la venganza, perdona al espirar y pide al padre que perdone á sus verdugos.

Este hombre-Dios llamábase en el mundo Jesucristo.

Cuando apareció en él, la tierra adoraba á unos dioses peores que los hombres: Tiberio forzaba al mundo á que le hartase de su servidumbre, la fatalidad era la providencia de los gentiles, la esclavitud su derecho comun, tenían ellos por recreo el derramamiento de sangre, por entretenimiento la prostitucion, por crimen á la desgracia, por ignominia á la pobreza.

Entonces se oyó en el mundo una voz del cielo que decía á los hombres: «Vosotros asi habeis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos... (1).»

Y con esto hizo del género humano una familia.

Y decía: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos á los otros así como yo os he amado (2).

Y dió la ley de caridad, que, sola, podría hacer de la tierra un cielo.

Y decía: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos; el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre los justos y pecadores (3).

Esto solo un Dios pudo decirlo y solo es dado á los ángeles alabarlo.

Y decía: «Bienaventurados los que lloran (4).

Y desde entónces los hombres virtuosos no pueden ser ya desgraciados: Jesucristo santificó las lágrimas.

(1) Mateo c. 6.^o v. 9.^o

(2) San Juan c. 13 v. 34.

(3) San Mateo c. 5.^o v. 44 y 45.

(4) San Mateo c. 5.^o v. 6.^o

Y decía: «Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan provisiones, y con todo vuestro padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ella?... Considerad como crecen los lirios del campo; pues no trabajan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomon en todo el esplendor de su gloria vistióse como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy florece y mañana será arrojado al fuego. Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? (1).

Y con estas palabras deliciosamente divinas, al paso que condenó la ambicion, que agita al hombre, y fuérgale á que él agite á la sociedad, nos revelo la inefable Providencia de Dios que cuida de nosotros, como una madre amorosa de sus hijos pequeñitos.

Y decía: «Entonces dirá el rey á los que estarán á su derecha; venid vosotros benditos de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde la creacion del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer: tube sed y me disteis de beber: era estrangero y me hospedasteis: desnudo y me vestisteis: enfermo y me visitateis: estaba en la cárcel y venisteis á consolarme. Entonces le responderán los justos y dirán: Señor, ¿cuándo te vimos ambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos estrangero y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos, ó cuando te vimos enfermo ó en la cárcel y fuimos á consolarte? Y respondiendo el rey les dirá: en verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mi lo hicisteis.

(1) San Mateo c. 6.º v. 26, 28, 29 y 30.

Así lo dice Jesucristo.... ¡Dios mio!!!

Bossuet, el ilustre Bossuet, ese grande orador, grande poeta, grande filósofo, el cual segun hablaba de las cosas divinas, no parece sino que habia asistido á los consejos del Eterno, y segun el divino lenguaje que usaba, que habia escuchado la voz de los ángeles, encarecía una vez con voz verdaderamente de ángel la bondad y las grandezas de Dios. Y despues de haberla encarecido, cuál ingenio humano jamás lo habia hecho, prorrumpió en este rasgo, en sus labios á la verdad altamente sublime: «Perdonad, Señor, son hombres los que hablan.»

Nosotros, pues, solo diremos: que si existe algun hombre, que al leer y meditar esas palabras tan dulces, tan inefables, tan divinamente divinas de Jesucristo, no siente que enternecido su corazon se mueve por amor y admiracion á adorar al Dios de la naturaleza en el Dios del Evangelio; si ese hombre existe, repetimos, es un hombre.... verdaderamente desgraciado.

Meditacion segunda.

Era una noche de verano; el mar estaba en calma, el cielo sin nubes, y al suave esplendor de la luna parecia que dormida la naturaleza respiraba en medio del silencio universal una sublime melancolia. Hay melancolia sublime, así como tristeza apacible y llena de encantos. Entrambas sentía yo, pues estaba por una parte ausente de Sevilla mi hermosa y amada patria, y contemplaba por otra, desplegado á mis ojos en solitaria inmovilidad, ese gran mar que abraza á la tierra, bajo ese cielo que cobija millares de mundos.

Y así como al pensar en los objetos que ama el corazón se siente una especie de vaga y dulce tristeza, la cual desahogándole hace brotar de él á los ojos lágrimas suaves, así al contemplar lo grande, lo terrible y lo que en la tierra es imagen de lo infinito, toma el pensamiento del hombre algo de sombrío, magestuoso é infinito en cierto modo, pero siempre acompañado de singular melancolía. Lo cual nace de que el alma sintiendo entonces su noble naturaleza, su excelso fin, y al propio tiempo su miseria, suspira por escapar de ella, y como que se esfuerza en vano por volar y conocer en cuanto le es posible, lo que no tiene límites, lo que no reconoce fin, esto es, á Dios, en el seno de Dios.

Y vagando de idea en idea, unas veces pensaba yo, cuán dulce es esto que llamamos amor de la patria y volviendo involuntariamente los ojos hácia donde estaba la mia, la que llevo siempre en lo mas íntimo de mis entrañas: á dios, Sevilla, decía, á quien Dios ha concedido como testimonio de su predileccion. un suelo bellissimo, bajo un cielo mas bello todavía: á dios, Sevilla, donde nací, donde jugué de niño, donde conocí á los amigos que lo serán siempre míos hasta que muera: á dios, mi hermosa Sevilla, que guardas lo que debo amar sobre todas las cosas del mundo, ¡el sepulcro de mi padre!

Y naciendo de esta idea otra idea mas elevada, y alzando los ojos al cielo, ¿pero qué digo? no es esta nuestra patria, esclamaba yo, no es esta nuestra patria verdadera; ángeles desterrado somos nosotros, por eso andamos siempre tristes; porque hay un instinto que á todas partes nos persigue; hay una voz que hasta en medio de los festines se alza melancólica, y esa

voz y ese instinto nos dicen: «para vivir en regiones mas pura y suaves habias nacido, cristiano; ¡cristiano, no es el mundo tu patria!»

Y entregado como de repente á hechiceras ilusiones: «si aquí, si en este mar dormido y á la luz de la luna que baña sus azules aguas de trémulo esplendor, navegase yo suavemente en ligero y pintado esquife! ¡Si embelesados mis ojos en ese astro melancólico viese descender misteriosamente hácia mi entre el silencio brillante de su luz á una graciosa, púdica, ruborosa aparicion, con el semblante de muger, con la mirada de ángel! ¡Si inclinándoseme tiernamente esta vision celestial me sonriera con la sonrisa que tendrán los serafinas cuando miran á Dios! ¡Si sonriéndome ella llegase á mis oidos suspirando como flauta que-rellosa una voz dulcísima, que cantase las dolencias del alma y los gozos del cielo que son su medicina, hechizando á la tierra, y al mar, al silencio y á la noche!!!

Y al delirar así, mi corazon se embriagaba, y su gozo tenia algo de inefable, pues la escena que yo imaginaba era la mas hermosa que pueda hechizarnos en la tierra, la muger que yo soñaba la mas bella del mundo, y el lugar de donde á mi descendia aquella muger... el cielo.

Vuelto despues á mas altas meditaciones, y deleitando mis ojos en las olas que blandamente se deshacian en la arena con blanca espuma y suavísimos murmullos: ¡cuán sereno está el mar, y cuán tranquilo y cuán hermoso de mirar! ahora un niño le hendiria con su débil brazo, y jugaria, y se adormeceria sobre sus aguas azuladas; mas cuando se irrita y se encrespa bramando, y avanza hácia la tierra desarroyándose fu-

riosamente en las olas espumosas y altísimas, es aquí en ella la imágen mas tremenda de la cólera viviente de Dios.... y yo le miraba, y yo sentia una especie de estremecimiento sublime, porque ahondaba con el pensamiento hasta sus mas remotas soledades, y pasmábame al considorar, con cuan largos brazos ciñe el mar á la tierra y forma los lindes jamás hollados del mundo.

Y al ver la inmensidad á mis pies, y al admirar la inmensidad sobre mi cabeza. habia en mi alma una como sombra de lo infinito; y esta sombra de lo infinito me revelaba á Dios. Y como Dios estaba en mi corazon le veia en todas partes. Dios en el cielo, Dios en el mar, Dios en la tierra..... todo lleno de Dios. Y antes, pensaba yo, que hubiese tierra y mar, y cielo, ya en la noche sin nombre, en la nada solitaria del caos, estaba Dios llevando en su seno la eternidad.

Y permaneciendo en la eternidad crió al tiempo. Y al comenzar los siglos su carrera magestuosa, y al brotar del caos la tierra como un hermoso relámpago de entre la negrura de una nube, el mar la abrazó soñando, el cielo desplegóse magnífico, el sol deramó torrentes de esplendor, y en medio de tanta juventud, de tanta luz, de tanta gloria, puesto en pié en medio de la tierra, y con la frente elevada al cielo adoró á su Dios el hombre, mas grande que el cielo y que la tierra por cuánto puede comprender á quien los hizo.

Entonces sentí yo en mi corazon toda la magestad de la especie humana; entonces como si la mano de Dios tocase mi alma, mi alma se engrandeció, se divinizó en cierta manera, y con un gozo que me ha-

cia deliciosamente palpitar, y estendiendo mis brazos como si hiciera un esfuerzo para abalanzarme al cielo, y con puro ardiente arrebatado entusiasmo; ¡cuán hermosos son tus cielos, Señor, los cielos que tú para mostrarnos has fabricado!... ¡cuán hermoso este universo que á semejanza de santuario magnífico has alzado en medio del caos resplandeciente!

(Se continuará.)

LOS MONGES DE OCCIDENTE.

El conde de Montalembert va á publicar los tomos IV y V de sus «*Monjes de Occidente*» una de las obras históricas mas importantes de nuestra época. Estos dos últimos tomos forman con el tercero, de que he hablado á V. ya, una serie aparte, un conjunto completo, el cuadro de la conversión de la Inglaterra por los monjes.

El tomo V, termina con un magnífico resumen en que el autor reseña la influencia política y social de los monjes entre los anglo-sajones. He extractado algunos fragmentos de este resumen para que los lectores de ese periódico vean el espíritu católico y el ardor elocuente del ilustre escritor, así como algunas citas de un autor español y el relato del martirio que padeció uno de sus compatriotas por el triunfo de la fé en la «*isla de los Santos.*»

Estos fragmentos tienen pues para V. un interés especial y por eso he creído oportuno copiarlos testualmente.

Siglo y medio, dice Mr. de Montalembert, bastó á los misioneros para convertir á los bretones y sajones en cris-

vanos sometidos á la Santa Sede. A todos los obstáculos, á todas las dificultades solo opusieron una invencible perseverancia. Ciento cincuenta años despues del desembarco de Agustín, un santo obispo amigo de Aldhehu y salido como él del claustro de Malmesbury, revelaba el secreto de su fuerza á su ilustre compatriota San Bonifacio, ocupado ya en trasladar la luz evangélica de Inglaterra á Alemania. «Para vencer, le decia, la obstinacion de los salvajes paganos, para fecundizar el suelo estéril y peñascoso de sus corazones, no se les ha de insultar ni irritar, sino esponerles nuestros dogmas con una moderacion y mansedumbre invencibles que les hagan ruborizar de sus insensatas supersticiones sin exasperarlos.

«En efecto, los monjes anglo-sajones, instrumentos de una revolucion tan fecunda y dotados de una organizacion tan brillante y duradera, no tenian de comun mas que el nombre, el celibato, y la fé en Jesucristo y en su Iglesia con los padres del desierto, ni aun con los austeros compañeros de San Benito. Lejos de huir la compañía de los demas cristianos, personificaban ó creaban en torno suyo toda una sociedad cristiana; lejos de pensar tan solo en su propia salvacion de los infieles, y en segundo lugar por la conservacion de la fé y las costumbres en las nuevas iglesias hijas de su palabra y lejo de limitarse á la oracion ó al trabajo manual, cultivaban y propagaban con ardor toda la ciencia y toda la literatura que poseia el mundo en su época.

«Los sitios apartados á donde los habian conducido en un principio el amor á la soledad se trasformaron rápidamente, y como por la fuerza de las cosas, en catedrales, en ciudades, en colonias urbanas ó rurales, destinadas á servir de centros, de escuelas, de bibliotecas, de talleres y de ciudades para las familias y las tribus apenas convertidas. En torno de aquellas catedrales monásticas y de las principales

comunidades, se formaban muy pronto ciudades que han durado hasta el día y en donde se veían brotar esas libertades municipales cuyas garantías vitales subsisten aun con el nombre de magistraturas encargadas de defenderlas ó practicarlas,....

«Aquellos gloriosos y perseverantes apóstoles de los derechos de Dios no despreciaban ni descuidaban ninguno de los derechos del hombre. El honor y la justicia, la humanidad y la piedad, la ciencia y la razón, eran puestas al mismo tiempo que la nueva fé y las costumbres cristianas bajo la salvaguardia de sus preceptos, de sus ejemplos y de su infatigable vigilancia.

»Todas esas cosas bellas y esplendidas, gratas y amadas, que el hombre tiene derecho á apreciar lo mismo despues que antes de su conversión, y mucho mas aun cuando es verdaderamente cristiano que cuando no lo es; todas las virtudes naturales, todas las aspiraciones legítimas de los hijos de Adán, fueron apreciadas, reclamadas y defendidas bajo las únicas formas accesibles ó posibles en aquellos días tan distantes de nosotros por los apóstoles monásticos de la Gran Bretaña con una energía, una vigilancia y un valor de que existen pocos ejemplos en la historia...

»Perc hay otro resultado que les immortaliza; al transformar las costumbres y las creencias de los conquistadores anglo-sajones, los misioneros monásticos no alteraron en nada el génio nativo de aquella raza germánica. Supieron hacer una nacion de cristianos mas fervientes, caritativos, sumisos y adictos á la Iglesia, mas magnífica en sus municencias hácia los monasterios y mas fecunda en santos y santas (1)

(1) Sin hablar de los santos obispos, abades, monges, solitarios, etc., se cuentan desde el siglo VII al XI veintitres reyes y sesenta reinas, principes ó princesas de las diversas dinastías anglo-sajonas entre los santos reconocidos por la Iglesia.

que ninguna otra nacion contemporánea; pero no le quitaron ninguna de sus virtudes públicas, ninguno de sus rudos y enérgicos [instintos no extinguieron un átomo de su carácter varonil, ni disminuyeron en nada la independencía y la originalidad y la audacia que han sido hasta el día los rasgos que caracterizan á los ingleses. Y tampoco respetó nunca la accion de una nueva fé mas escrupulosamente la unidad, la independencía y la originalidad de la raza convertida de su lengua, sus costumbres, sus instituciones, su antiguo derecho y su espíritu nacional.

»Agustin y Paulino. Vilfrido y Teodoro, los «emisarios de Roma» como los llaman ciertos historiadores, y que fueron en realidad los agentes mas directa é inmediatamente emanados de la Santa Sede que se han visto en la cristiandad, no introdujeron ni trataron de introducir cambio alguno especial en las instituciones políticas y sociales, tan diferentes de las del mundo romano, que el pueblo anglo-sajon habia importado de las playas de las Germania ó encontrado en las humeantes ruinas de la Bretaña. Satisfechos de haber depositado en el fondo de aquellos corazones el secreto de la eternidad; la regla de la vida moral y la fuerza de luchar contra la corrupcion natural de todo hombre nacido de mujer, dejaron intacta el alma nacional, y el antiguo germano no perdió nada de su carácter despues de convertirse al cristianismo.

»Muchas veces hemos hablado ya en este relato de la singular inmutabilidad del carácter anglo-sajon. Costumbres, vicios, virtudes, leyes, usos, derechos, nombres, títulos, lengua, espíritu y hasta los juegos y ejercicios violentos, todo lo que el mundo moderno admira y teme, busca ó rechaza en la Inglaterra actual; todo esto se encuentra en germen ó en flor en la Inglaterra de hace doce siglos. A ninguna nacion ha hecho menos mella el tiempo ó la conquista

sobre su profesion, respondió:

«Soy monge benedictino, de esa órden que convirtió en otro tiempo la Inglaterra á la fé cristiana.» Reiteró esta confesion al pié del cadalso, donde le ahorcaron, y le desnudaron antes que exhalase el último suspiro para abrirle el costado, arrancarle el corazon y cortarle los piés, para hacer saber á los monjes de Ultramar que se atrevieran á pisar el suelo inglés los suplicios que les cerrarian el regreso á su patria, (1) «Pero ¿qué corazon de los nuestros, dice el benedictino español que ha añadido este relato á los gloriosos anales de su órden, no se sentirá inflamado por este ejemplo á padecer por Jesucristo y á repetir el testo sagrado: *Quam speciosi sunt pedes evangelizantium pacem evangelizantium bona?* Por otra parte, añade el analista castellano, si hay una empresa que pertenezca de derecho á la órden de San Benito es la mision de Inglaterra, porque nuestros padres conquistaron esa isla á Jesucristo con su palabra y su sangre, y han poseido allí una multitud de monasterios ilustres entre los mas ilustres de Europa. Cuando los generales y los capitanes de armas quieren animar á sus soldados al combate, les recuerdan sus pasadas hazañas, sus victorias, la gloria de su nacion y el bien y la honra de sus esposas y sus hijos. Asi me parece oír á nuestro padre San Benito que habla desde los cielos á sus religiosos; que les recuerda que San Gregorio y los monjes apóstoles de Inglaterra hicieron entrar aquella isla en el gremio de la Iglesia; que prescribe á los religiosos de todas las congregaciones que vuelvan allí para honor de la religion y para no dejar aniquilar la fé plantada por la mano de sus hijos, y que les dice que no olviden tantas almas que aspiran á la vida religiosa y presten auxilio á nuestra santa ma-

(1) Como amenazando á los monjes de España que no pasen á aquella isla, porque ellos padecerán los mismos tormentos y no tendrán piés para volver á su tierra. Yepes, «Crónica general de San Benito.» 1609. t. I. p. 448.

dre la Iglesia, tan cruelmente perseguida por la herejía.»

Pero apartemos nuestra mirada de ese porvenir sangriento tan diferente y lejano aun de la época que acabamos de referir. A pesar de los abusos y peligros que es forzoso indicar para no faltar á la verdad, largos siglos de fervor y de fé y de union con la Iglesia Romana y la cristiandad católica van á suceder desde el oríjen de las misiones monásticas á los hermosos primeros dias de la Inglaterra convertida por los monjes. Abundantes mieses van á nacer durante todos esos siglos en los surcos abiertos por los discipulos de Agustin y de Beda. Antes de producir el gran pueblo que el mundo admira y envidia, provisto de las instituciones mas uobles y sabias que han conocido los hombres, de una literatura rica en genios incomparables y de un poder mas vasto que el de la antigua Roma. Inglaterra va á ser la gran base de operacion de las conquistas espirituales del Pontificado, el gran foco de la propaganda cristiana. Por ella va á agitar, ilustrar y subyugar la Iglesia romana el centro y el norte de Europa, y ella vá á servir de iniciadora á todos los pueblos germanos y escandinavos, abismados aun en las tinieblas del paganismo.

«Y en primer lugar, de esa semilla monástica arrojada por la mano del gran Papa y gran monje Gregorio en el seno de la raza anglo-sajona, vá á nacer el gran apóstol y gran mártir Vinifredo, cuyo nombre latino *Bonifacius*, el bienhechor, espresa tan exactamente su gloriosa carrera. Dios le destina para llevar con el Evangelio y la Regla de San Benito la luz de la verdad, la llama del amor y la fecundidad del martirio á la cuna de sus antepasados, al fondo de esas selvas germánicas, que habian quedado felizmente impenetrables á los romanos esclavizados, pero de donde han salido la libertad, la fuerza y la vida de las naciones católicas y con ella la civilizacion cristiana de ambos mundos.»

UN EX-VOTO.

RECUERDOS DE GUIPÚSCOA.

(Conclusion)

IV.

=¿Es Vd. del pais?

=No, señor, soy de...

=Entonces ignorará Vd. quizá, la devoción que los marinos de Cantábrica tenemos á la Santísima Virgen que veneramos la advocacion de Nuestra Señora de Iziar. Ella nos protege desde esa eminencia que está mirando siempre al mar. El marinero ó el pescador, llevando al cuello su escapulario bendito, se entrega confiado á las olas y cuando mas recia es la borrasca, cuando parece mas inminente el riesgo de sepultarse para siempre en ese abismo, el marinero ó el pescador, repito, dirigen una mirada á esta costa querida, rezan una salve fervorosa á Maria, y la tempestad se aplaca y el cielo vuelve á sonreírse y á empujar nuestro barco una benéfica brisa.

»Voy á mi cuento, pues.

»Hará un año, que el bergantin español *Joven Antonio*, navegaba con rumbo á las costas de España, despues de treinta y tantos años de una travesía inmejorable.

«Era un hermoso barco, nuevo forrado en cobre de un corte admirable, de prodigioso andar y una guinda, que era la alegría de los inteligentes.

«Veníamos de Filipinas con cargamento de maderas, cuando á la altura del cabo Ambro y próximos casi á embocar el canal de Mosambique, nos sorprendió una racha del S. O. como no la he sentido igual en mi larga vida de marino, caballero.

«Cien mil legiones de diablos se desataron aquella noche contra el pobre bergantin y las olas jugaban con él como si fuera una cáscara de avellana.

«Desde el primer momento pedimos el bauprés y el botalon de mesana; parte de la borda de babor la derribó un golpe de marejada que se llevó dos hombres y los siete que quedábamos los vimos perecer sin poder humanamente socorrerlos.

«El barco quedó desarbolado despues de dos días de lucha con una mar espantosa que nos barria la cubierta; toda la jarcia arriada por ambas bandas, destrozada la obra muerta y por último, sin timon que nos llevó tambien otra ola, con el hombre que iba á la caña.

«Estábamos perdidos; el pobre bergantin, gracias al cargamento, flotaba como una gabiota muerta sobre las olas.

«Cuatro días pasamos en aquella situacion; sin una choza donde poder refugiarnos, sin ver por parte alguna una vela que pudiera sacarnos de tan horrible agonía.

«Al cabo de ellos, estábamos rendidos de fatiga; el casco empezó á abrirse por todas sus costuras y cada cual solo pensó en su propia salvacion.

«El bergantin estaba deshecho materialmente, casi

sumergido y el cargamento flotaba en torno suyo, brindando á los seis náufragos una tabla donde asirse.

»Dirigí una angustiosa mirada en mi derredor. ¡Olas y olas por todas partes, en incesantes ondulaciones; un silencio de sepulcro; la muerte, en fin!

»Por entre mi camisa desgarrada ví asomar la punta de un escapulario. Lo besé: y ofreciendo á la Virgen una salve si me sacaba de aquel trance terrible y encomendándome á ella con toda la fé de un cristiano, me arrojé al agua.

»Al sumergirme, recibí tan fuerte golpe en la cabeza contra una viga, que perdiendo mi conocimiento, solo sentí el vértigo de la asfixia.»

.....

Siguieron á este relato unos instantes de silencio. Yo sufría durante ellos una angustia indecible y tuve que suplicar á mi narrador que acabara pronto.

»Cuando volví en mí, continuó el buen contra-maestre, me encontré á bordo de un vapor inglés que me había recogido, juntamente con otros tres de mis camaradas, el capitán, un grumete y otro marino.

»La Virgen Santísima me salvó, caballero: sí, aquello fué un milagro evidente. Yo, como os he dicho, me desmayé con el golpe que recibí y no pude nadar; pero chocando casualmente contra el mástil de mesana, me enredé con los brazos entre su jarcia, por manera que quedé á flote entre aquella red protectora y me encontraron de medio cuerpo arriba fuera del agua y acostado, por decirlo así, sobre la caja.

==»Conque adios, caballero; yo me separo aquí para ir en busca de mis hijos.»

Y esto diciendo, me alargó su franca y callosa ma-

no y se alejó á buen paso por entre la espesura del monte, buscando sin duda algun camino de travesia

Yo continué hácia Deva, profundamente conmovido, recordando cuanto acababa de oir y murmurando estas palabras:

=Buen Dios, el que no te encuentra es porque no te busca! ¡Tu Providencia, Dios mio, se oculta á veces bajo el manto de una casualidad!

CÁRLOS MORENO LOPEZ.

— Se ha publicado una coleccion de las Alocuciones Consistoriales, Encíclica y el Syllabus del 8 de Diciembre de 1864. Recomendamos á nuestros suscritores esta importante obra, la mas necesaria al Sacerdote católico y la mas útil á todos los hombres ilustrados, y que se glorían de ser hijos fieles de la Iglesia. En ella se descubren las tendencias anti-católicas de la moderna filosofía, y se refutan, dan á conocer y condenan esas sutilezas de los incrédulos panteístas, racionalistas y naturalistas que tanto descomponen los sólidos principios de la verdad, y que tanto trastornan y estravian las inteligencias nacientes de la juventud estudiosa. En ella aprendemos á conocer la alta filosofía de la Iglesia, el conocimiento profunda que posee de todas las ciencias, aun de las mas abstractas y confusas; y se dá un mentís á los que tachan al Pontificado de enemigo de la filosofía y de los estudios de la razon. Además, es imposible encontrar una regla mas segura para ser buen católico é hijo de esta Iglesia santa; para conocer donde está el pensamiento de los gefes supremos de la Iglesia en todo lo concerniente á las ideas modernas, y hasta donde podemos llamarnos hijos y partidarios del progreso y de la civilizacion actual; en ella encontramos un cuerpo de doctrina que satisface á todas las necesidades del siglo décimo-nonno, y con ella el Sacerdote contesta y combate á todos los errores modernos sea cualquiera el punto en donde deba combatirlos.

¡Ojalá esta obra se aprendiera de memoria por el Sacerdocio Católico! Entónces no se lanzáran con tanta facilidad los insultos jactanciosos de esos incrédulos de rutina que con tanta frecuencia nos retan á definir los principios de la fé en el campo extraño de la filosofía!

Hoy acompañamos en nuestro número un prospecto de esta obra monumental, en la que se hallan coleccionados los destellos mas sublimes de la sabiduría pontificia en su mas alto grado, y en la que se descubre el error de los nuevos filósofos, y la condenación de todos los enemigos de la Iglesia y de la Sociedad.

Esperamos que el Sacerdocio Católico se apresurará á hacerse de ella, supuesto que, sobre su precio económico, se facilita aun mas por pago en mensualidades acomodándose á todas las proporciones, y colocando en nuestras pobres bibliotecas esa coleccion de documentos pontificios: ostentamos nuestra adhesión á todo lo que allí se contiene, y damos testimonio de que las armas que hemos de usar en defensa de la Iglesia han de ser las mismas que nos entrega nuestro amado Gefe espiritual y Padre bondadoso y sábio, el inmortal Pio IX.

Hoy anunciamos la publicacion de un excelente devocionario escrito por la insigne poetiza Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, admirablemente conocida en el mundo literario. La nueva obra de piedad católica corresponde á la reputacion de su pluma, y los fieles encontrarán esa unción religiosa que tanto eleva el espíritu cuando se ha sabido expresar la inspiracion cristiana.

SUSCRICION EN FAVOR DE S. S.

Suma anterior.	320	rls. vn.
	—	
Una Señora	6.	
Un suscriptor	4.	
Otro id	6.	
Otro id	4.	
D. Antonio Quero, Pro. (mensual).	10.	
	—	
Suma.....	350.	

«hizo el Señor.» *Oculi vestri viderunt omnia opera Domini magna quæ (ecit (1).*

Nada hay mas natural que apoyarse un impostor en revelaciones, en sueños, en milagros que algunos cuantos cómplices suyos dicen haber visto; ¿pero que impostor ha habido hasta ahora que haya expuesto al público sus mentiras, que haya invocado el testimonio de seiscientos mil hombres y fundado el derecho de mandarlos en hechos evidentemente falsos, y en fábulas impertinentes desmentidas por la notoriedad pública (2)? Por mas ignorantes, groseros, crédulos y fáciles de engañar y de alucinar que se quiera suponer á los Hebreos, en lo que convendrémos, si se quiere, no era sin embargo un pueblo de insensatos, dominado enteramente de un delirio continuo que le privase del uso de los sentidos y de la razon. Tenian ojos para ver, oídos para oír, y un entendimiento para concebir. ¿Y cómo, á no haber estado realmente locos, hubieran podido persuadirles Moises durante cuarenta años, que veian lo que no veian, y que oían lo que no oían? Diré, valiéndome del pensamiento y aun de las espresiones de un juicioso escritor: «Toda la certidumbre humana estriba sobre el principio de que los hombres no son locos, y que hay en la naturaleza ciertas reglas de las que jamás se separan sino por un trastorno total de la razon. Permítaseme decir caprichosamente que en el tiempo de Cesar y de Pompeyo estaban atacados todos los hombres de una enfermedad que les hacia tomar por realidades los vanos sueños de su imaginacion; y desde este momento ya no habrá nada cierto, y se podrá decir que las batallas de Farsalia y de Actium son visiones de fanáticos. Cuando no se pueden negar los hechos, sino suponiendo una completa locura, no digo en una nacion entera, sino aun en un cierto número de hombres se toca en materia de historia al último grado de certidumbre posible (3).» Los hombres son semejantes en todos tiempos, y si no es permitido suponer esta locura en los hombres del dia, tampoco

(1) Deuteronom. XI, 6.

(2) Duvoisin. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. I.

(3) Discours sur les liv. de Moises á la suite des Pensées de Pascal, pág. 392 y sig.

lo es suponerla en los antiguos Judios; pero si suponemos por una parte que unos milagros tan ruidosos y tan patentes que no se necesitaba para asegurarse de ellos mas que tener oidos y ojos, no eran mas que fábulas; y si sentamos por otra que los Hebreos los han creído como verdades, no tenemos que vacilar en decir que todo el pueblo hebreo estaba poseido de la mas completa locura.

¿Se nos opondrá que nunca creyó en estos milagros, y que por lo tanto no se puede invocar su testimonio? Pero obsérvese desde luego que esta nacion era naturalmente indócil, y que siempre estaba propensa á levantarse contra su conductor: de aquí nacia sus murmuraciones, sus quejas sediciosas, su ansia por el Egipto y por los alimentos con que se habia criado. ¿Quién pues ha sido capaz de domarla y someterla al yugo de una legislacion austera y cargada de observancias penosas? ¿De que medios se vale Moisés para ser escuchado? No de otros que de los milagros que obra, y que presenta cesar como el sello de su mision divina, y sobre los que únicamente funda su autoridad. Si estos milagros no hubiesen sido mas que fábulas, hubiera sido muy absurdo creer en ellos; y no creyéndolos hubiera sido el colmo de la estravagancia que el pueblo le hubiese seguido como al enviado de Dios. ¿Es acaso eposible que, teniendo á Moisés por un impostor, y que estando persuadidos de que sus milagros no eran mas que quimeras inventadas para engañarlos, se sometiesen sin embargo ciegamente á sus leyes, y que fuesen tan estúpidos que se dejasen] dominar por él? Era esto natural?

No queda á la incredulidad mas que un recurso, y es decir, que la nacion entera habia concertado con Moisés esta impostura, y que se habia unido con él para componer esta maravillosa historia y engañar juntos á la posteridad. ¡Que quimera! ¡Cuan desesperada debe ser una causa cuando no se la puede defender sino con tan absurdas hipótesis! ¡Qué] es posible que dos millones de hombres hubiesen concertado constante y unánimemente por espacio de cuarenta años esta grande impostura, sin que ni uno solo reclamase contra ella, sin que en medio del choque, mas de una vez violento, de intereses y pasiones que agitan á las tribus no se oyese ni una sola voz á favor de la verdad; sin que en medio de las rebeliones que estallaban tan frecuentemente entre los hebreos hu-

liese uno solo que se separase de esta infernal maquinacion, y sin que despues de la muerte de Moises hubiese un solo hombre suficientemente veraz para obligar á sus conciudadanos á avergonzarse de tal mental! ¡Habiá de decir á Moisés la nacion entera (1): Sabemos perfectamente que no sois el enviado de Dios; pero no importa, componed una fábula absurda, y nosotros y nuestros hijos finjiremos creer todo lo que querais imaginar; es cierto que no hemos hecho mas que costear el mar Bermejo; pero nosotros afirmaremos que nos ha abierto su seno para darnos paso: nos presentaréis una religion severa, y aunque no sea mas que obra vuestra, nosotros la seguiremos como si viniese de Dios! ¿No es insultar á la razon humana el suponer semejante pacto entre un impostor y toda una nacion?

Ultimamente, para reunir todo género de pruebas, ved como una multitud de instituciones confirman la historia y la hacen palpable á todos. La fiesta de Pascua, las de Pentecostés y de los Tabernáculos; el uso de rescatar á los primogénitos; los cánticos sagrados, tales como el en que Moisés celebra, en una poesia del todo divina, el paso del mar Bermejo; el vaso lleno de Maná y la vara de Aaron depositados en el Tabernáculo; las dos tablas de la ley puestas por orden de Moisés en el arca de la alianza; las planchas de bronce clavadas en el altar como un recuerdo del crimen y de la muerte funesta de Coré, Datan y Abiron, usurpadores sacrilegos del sacerdocio; y una porcion de ritos y ceremonias del culto público (2): todo esto representaba y hacía tener como presentes los prodigios que habian señalado la salida de Egipto, la publicacion de la ley, y la permanencia en el desierto. «Hay en cierta manera dos historias de Moisés, una escrita en el libro que lleva su nombre, y otra como grabada en las ceremonias y en las leyes observadas por los Judios, cuya práctica era una prueba viva á favor del libro que las prescribia, y aun de lo mas maravilloso que contiene (3).» Es verdad que una fiesta, un himno sagrado, un monumento cual-

(1) Duvoisin. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. III.

(2) Duvoisin. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. IV.

(3) Disc. á la suite des Pensées de Pascal.

quiera, si son muy posteriores á los sucesos, no forman siempre una prueba perentoria á su favor; pero cuando la historia de una nacion, sus tradiciones verbales, sus fiestas, religiosas y civiles, sus ritos, sus cánticos sagrados y sus instituciones tienen un mismo origen y suben á una misma época, ¿cómo es posible que esta concordancia deje de llamar la atención, ni como se puede dejar de convenir que en este caso la historia escrita está apoyada en los usos y en los monumentos visibles, que estos monumentos estan recíprocamente explicados por la historia escrita, y que esta perfecta armonía tiene una fuerza irresistible sobre todos los entendimientos juiciosos?

Así pues, Señores, tenemos probadas dos cosas, la primera, que Moisés que vivia hace tres mil años, es el verdadero autor de los libros que se le atribuyen, y que nosotros llamamos el Pentateuco, y la segunda, que Moisés es un autor muy verídico de los hechos que nos refiere: de aquí sacaremos dos consecuencias principales que encierran otras muchas accesorias.

La primera consecuencia es que el Pentateuco es uno de los libros mas antiguos, por no decir el mas antiguo de los libros conocidos. El que le tiene puede decir sin temor: hé aquí el mas precioso y mas antiguo monumento del talento humano. ¿Y en efecto en que pueblo se puede hallar otro semejante? ¿Que obra hay que presente como la de Moisés treinta y tres siglos de antigüedad? Sanchoniaton escribió, dicen, los Anales de los Fenicios; ¿pero que nos queda de él? Un fragmento que Porfirio citó el primero: y aunque hay sábios que dicen que alcanza hasta la guerra de Troya, todos convienen sin embargo en que es posterior á Moisés. Beroso escribió los Anales de los Egipcios, Manethon los de los Caldeos (1); pero uno y otro son mil años posteriores al historiador sagrado. Entre los Persas hallareis á Zoroastro con los libros de que pasa por autor; pero los eruditos mas versados en estas materias solo le hacen contemporáneo de Dario, hijo de His-

(1) Memoir. de l'Acad. des Inscript. Tom. 16, Véase tambien á Hooke, Relig. natur. et revet. pág. 205, princip. Tom. II, pág. 108 y 109.

aspes (1). En fin, el primer compilador de la Historia China, Confucio, vivia (2) quinientos y cincuenta años ántes de la era cristiana.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no debe maravillarnos que sobre el origen de los pueblos y sobre los sucesos primitivos nos dé conocimientos que en vano buscaríamos en otra parte, y que este sea el libro original, del que otros muchos y aun muchas tradiciones no han sido mas que copias informes. De aquí se sigue que es injusto querer impugnarle en ciertos puntos, por el silencio de los escritores posteriores muchos siglos á él, por cuya sola razon es muy racional esplicar las tradiciones de los demás pueblos por las de los Hebreos.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo no debe admirarnos que presente oscuridad acerca de las fechas, de los usos, los nombres de pueblos y ciudades y los pormenores jeográficos. Nosotros los franceses habitamos las mismas Galias, cuya historia compuso César despues de haberlas conquistado, y nuestros eruditos encuentran á veces muchas dificultades para conciliar lo que nos dice este historiador conquistador con lo que ahora vemos. ¿Y se exigirá que no quede sombra ninguna de duda en un libro de dos mil años mas de la antigüedad, escrito en una lengua menos conocida que la de los Comentarios de César, y relativo á costumbres y á pueblos que nos son aun mas desconocidos?

Que siendo el Pentateuco tan antiguo no debe admirarnos encontrar en la narracion de los hechos, en el texto de ciertas leyes y en los pormenores de las costumbres una naturalidad y una sencillez de language que nos sorprenden; pues ademas de que está mayor libertad puede ser mas conforme al genio oriental, es cierto que los pueblos nacientes, como aquellos cuya historia escribe Moisés, no conocian estas finuras y estas frases usadas entre los pueblos, que por mas civilizados suelen ser á veces mas corrompidos: los Hebreos

(1) Al rededor de quinientos años ántes de Jesucristo. Véase la vida de Zoroastro por Anquetil. Zend-Avesta, Tom. II, pág. 60 y 61.
(2) Freret. dans les Mem. de l'Acad. des Inscript. Tom. XVIII. pág. 207 y 208.

como los pueblos primitivos nombraban sin rebozo lo que nosotros envolvemos en largos circunloquios. «Todas estas diferencias provienen, dice Fleury (1), de la distancia de los tiempos y de los lugares. La mayor parte de palabras que son deshonestas segun el uso actual de nuestra lengua, eran honestas antiguamente, porque denotaban otras ideas.» Esta observacion puede aplicarse no solamente á Moisés, sino tambien á los demás escritores del antiguo testamento, y yo lo hago aquí contra ciertos incrédulos, cuya pluma ha sido demasiado libre para tener derecho á denunciar escándalo.

La segunda consecuencia de la autoridad del Pentateuco es que Moisés era verdaderamente el enviado de Dios; es imposible ver tantos prodigios hechos por su mano sin creerle revestido de un poder enteramente divino; así yo debo creer en su palabra, venerar su doctrina, y oír respetuosamente lo que nos enseña acerca de Dios, de la creacion, del hombre y de los primeros tiempos, pues la mentira no ha podido manchar los escritos del que hablaba en nombre de la verdad misma: así tambien debo mirar al pueblo hebreo como el pueblo de Dios, el depositario de las tradiciones sagradas y de aquella luz divina que debia permanecer oculta en su seno hasta que iluminase á todo el mundo con su resplandor; y así últimamente veo en la ley de Moisés la preparacion y la figura de la ley cristiana; percibo la dependencia del antiguo y del Nuevo Testamento, descubro los designios de la providencia acerca de la conservacion de la verdadera Religion; y comprendo porque se dice que el cristianismo es tan antiguo como el mundo, y que ha comenzado con él, para no acabar sino con él. Sí, desde los Pontífices que hoy gobiernan la Iglesia Cristiana se sube por una sucesion no interrumpida hasta los Apóstoles, desde los cuales, siguiendo por los Pontífices que han servido bajo de la ley, se llega hasta Aaron y Moisés, y desde aqui hasta los Patriarcas y hasta el origen del mundo (2); así pues en la ley conocida por los Patriarcas, en la que fué dada á los Hebreos por Moisés, y en la que ha sido dada á todos los pueblos por Jesucristo,

(1) Costumbres de los Israelitas, núm. 16.

(2) Bossuet. Disc. sur l'Hist. univ. II. part. chap. XXXI.

siempre es el mismo Dios á quien se adora, siempre la misma esperanza de una vida futura, y siempre la misma fé mas ó ménos clara en un mismo libertador; así el cristianismo ha tenido su nacimiento, sus progresos y su madurez hasta que tenga su plena consumacion en los cielos; y así la religion forma como una cadena inmensa, que unida por su primer anillo á la cuna misma del mundo, atraviesa la duracion de los siglos, y va á perderse por fin en la eternidad.

CONFERENCIA DECIMASESTA

CONFERENCIA DECIMASESTA

CONSIDERANDOS COMO HISTORIADOS

DE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS



Una de las cosas más capaces de interesar al hombre
de instruirlo embalsamando sus ideas es sin duda alguna el
historia, la lectura de las obras históricas. La historia, en efecto,
presenta á lo pasado y describiéndolo la cadena de las ma-
nifestaciones y de los siglos, hace en cierto modo pasar por nues-
tra vista las diferentes naciones con sus costumbres y sus us-
os, sus épocas de gloria y sus épocas de decadencia, sus mu-
danzas revolucionarias hasta en el género, con sus fundamen-
tos en sus progresos, resumiendo las causas de su ex-
tinción como las de su vida, porque la historia es el espejo
que ha figurado á su vez en el teatro del mundo, y cuando el
lector reflexivo, y sobre todo el estudiante, es testigo de todos
estos sucesos tan rápidos y variados, y muchas veces tan im-
previstos, se eleva naturalmente hacia aquel que ha hecho el mundo
inmortal de su eternidad, tanto en sus manos las riendas del

CONFERENCIA DÉCIMASESTA.

MOISES

CONSIDERADO COMO HISTORIADOR

DE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.

Una de las cosas mas capaces de interesar al hombre y de instruirle embelesando sus ocios, es sin duda alguna, Señores, la lectura de las obras históricas. La historia, uniendo lo presente á lo pasado, y desenredando la cadena de las naciones y de los siglos, hace en cierto modo pasar por nuestra vista los diferentes pueblos con sus costumbres y sus leyes, sus épocas de gloria y sus épocas de decadencia; nos encanta remontarnos hasta su origen, conocer sus fundadores, seguirlos en sus progresos, escudriñar las causas de su engrandecimiento como las de su caída, comparar lo que cada uno ha figurado á su vez en el teatro del mundo; y cuando el lector reflexivo, y sobre todo el cristiano, es testigo de todas estas escenas tan rápidas y variadas, y muchas veces tan trágicas, se eleva naturalmente hácia aquel que desde el trono inmóvil de su eternidad tiene en sus manos las riendas del

mundo, designa su lugar á cada nacion como á cada individuo, hace fenecer los mas antiguos imperios para formar de ellos otros nuevos, siendo él solo inmutable en medio de estas perpétuas vicisitudes. Pero si entre todos los monumentos históricos hay alguno que deba escitar el interes y la curiosidad general, que no sea indiferente á ningun pueblo, y que sea para todos los hombres como un monumento de familia, lo es, Señores, la historia que Moises nos ha dejado de los primeros tiempos en ese libro en que cada uno puede leer su orijen y su destino, sus desgracias y sus esperanzas, y que hallamos á la cabeza de nuestros libros sagrados con el nombre de *Génesis*. Yo no diré aquí cuán sublime es en su sencillez, cuán pura y hermosa es su doctrina, y quanto interés inspira la descripción de las costumbres patriarcales segun se refieren en las vidas de Abraham, de Jacob, de Josef y de sus hermanos: mi objeto hoy es considerar á Moisés únicamente como historiador de los tiempos primitivos, y vindicar la fidelidad de sus escritos de las impugnaciones de los incrédulos.

Hay algunos eruditos que han sondeado las tinieblas de la antigüedad profana buscando argumentos contra la historia de Moises, y que adoptarian muy gustosos todos los sueños de las edades fabulosas con tal que se les dispensase de creer en nuestros libros santos. Hay tambien escritores muy versados en las ciencias naturales, conocidos con el nombre de *geólogos*, ocupados en investigar la formacion y estructura del globo, que han removido en cierto modo toda la tierra para descubrir en ella alguna cosa contraria á la narracion de Moisés, ya sea sobre la creacion, ó ya sobre el diluvio; y que componiendo un mundo á su modo, se han atrevido á mofarse sin respeto alguno del sagrado escritor, porque su relacion no está conforme con sus sistemas. Yo no trato ahora de disputar á los tales eruditos y geólogos su ciencia y su talento, y mucho menos de vituperar los esfuerzos del hombre para aclarar las antigüedades ó penetrar los secretos de la naturaleza; es al contrario muy hermoso ver el entendimiento humano, con tal que se someta á la fé, entregarse á investigaciones, que aunque no siempre se consiga el objeto á que se dirijen, sin embargo, nunca son enteramente inútiles; y pasear de este modo sus ideas por

todo este vasto universo, á manera de un Rey que viaja por toda la extension de su imperio para conocerle mejor; pero al mismo tiempo que respetemos la ciencia rindiendo homenaje á sus esfuerzos y á sus descubrimientos, estemos alerta contra sus desbarros y sus paradojas. ¡Que no pueden para estraviar aun á los mas sublimes ingenios el gusto por la novedad, el amor de la gloria y el deseo ardiente de una rápida celebridad! No dejaron Descartes y Buffon de tener ingenio porque inventase el uno sus torbellinos, y el otro su mundo de cristal, pues el ingenio inventa á veces sistemas que la recta razon refuta; pero volvamos á nuestro asunto. Puede al pronto intimidar cierta ostentacion de ciencia empleada contra la historia de Moisés; pero con reflexion y un poco de lójica desaparece luego lo que antes parecía tan terrible. Vamos pues á examinar la relacion de Moises sobre los dos hechos principales que contiene el Génesis, á saber, la creacion y el diluvio, y hacer ver que no ha sido contradicho en esta materia ni por hecho alguno demostrado de la sana física, ni por las tradiciones ciertas de los pueblos; tal es el plan de esta Conferencia sobre Moises, considerado como autor del Génesis.

Que en Moises no se descubre un físico profundamente versado en los pormenores y descubrimientos que últimamente se han hecho en las ciencias naturales, ni en el conocimiento de las causas particulares que producen los fenómenos de este mundo visible, es una cosa que concederemos sin dificultad. El objeto del Sagrado Escritor no fué hacernos físicos ni sábios: otro pensamiento mas honroso para su memoria, mas digno del que le enviaba y mas útil á la humanidad ocupaba toda su alma: Tal era el de ilustrar á los hombres acerca de Dios y de la providencia, acerca de sus deberes y de su destino, y de conservar y propagar aquellas primeras y sagradas verdades sin las cuales jamás habria ni religion, ni moral, ni sociedad. Su ciencia enteramente popular se acomodaba á la universalidad del género humano, y por eso no debemos admirarnos de que al hablar de la tierra y del sol, del espectáculo de la naturaleza y de los fenómenos que presenta se haya servido de espresiones consagradas por el uso. El lenguaje del historiador, del poeta y del lejislador no es el mismo que el

del físico que diserta de un modo rigurosamente exacto, y aun hoy día, ¿cuál es entre nosotros el Astrónomo que no hable del curso del sol, de su salida y de su ocaso, aunque en su opinion todo esto no sea mas que aparente? ¿Y si se desdenase de este lenguaje bajo del pretexto de que no es físicamente cierto, no pasaria por un personaje ridículo? No se trate pues de echar en cara á Moises las expresiones populares que eran conformes á las apariencias ó á opiniones universalmente recibidas sobre el sistema de este mundo visible, y por lo mismo las únicas que debia emplear; ni tampoco cuando nos refiere hechos y sucesos que describe, no como poeta, sino como historiador, tengamos la loca temeridad de contradecir su relacion, y de impugnarla por conjeturas y sistemas que pueden no ser mas que quimeras.

Es preciso, Señores, confesar que se ha levantado en nuestros días una multitud de fabricantes de mundos, que arreglando y desarreglando el universo segun sus caprichos, parece que han presidido á la creacion, y sobre todo á la formacion del globo que habitamos; y no conciben que el Criador haya tenido otros pensamientos que los de que ellos estan infatuados; y estos si no intentan negar la causa inteligente y suprema que en el principio ha debido dar á todos los seres el movimiento y la vida. ¡Cuántos geólogos han presentado sus conjeturas por hechos, han aplicado á la tierra entera observaciones puramente locales, y convirtiendo fenómenos particulares en leyes constantes y universales, han proclamado como verdades incontestables los desvarios de su imaginacion! No penseis, Señores, que tenemos de impugnar por sola nuestra autoridad particular á hombres á quienes su ciencia y talento pueden haber hecho célebres; tenemos por garantes de lo que decimos á escritores cuyo nombre no es ciertamente desconocido en el mundo sabio. Pallas, académico de Petersburgo, y uno de los mas ilustres naturalistas y viajeros de estos últimos tiempos, ha publicado una obra intitulada *Observaciones sobre la formacion de las montañas, y las mudanzas acaecidas en nuestro globo*. (1) En ella reprende á algunos sábios, y

(1) Impresas en 1782.

especialmente á Buffon por haberse apresurado á fabricar sistemas y haber juzgado con demasiada precipitacion de todo el globo por la esfera demasiado estrecha de sus observaciones personales.

Oid sobre todo, Señores, lo que nos dice con este motivo uno de los naturalistas mas célebres que honran hoy no solo á la Francia sino tambien á la Europa, hablo del que se ha dedicado con tanta gloria á la *Anatomía comparada*. Encargado su sabio autor de dar ante la clase de ciencias físicas de nuestro senado literario un informe acerca de una obra titulada *Teoría de la superficie actual de la tierra*, empieza con reflexiones importantes que nunca se inculcarían demasiado á una juventud tan inconsiderada naturalmente en sus juicios; se lamenta de que en lugar de reunir hechos, base de todo verdadero sistema, se va precipitadamente al conocimiento de las causas, y de que de este modo se ha hecho tomar á la geología una marcha demasiado rápida; de lo que ha resultado, «Que una ciencia de hechos y de observaciones se ha convertido en un tejido de hipótesis tan vanas y que han sido de tal modo impugnadas, que ha llegado á ser casi imposible pronunciar su nombre sin escitar la risa.... Los sistemas de geología se han multiplicado de tal manera, que en el dia se cuentan mas de ochenta. (1)» Ved aquí, Señores, una cosa que os ruego noteis bien: nuestro autor hace la enumeracion de todos los puntos que es preciso aclarar antes de ocuparse en buscar las causas físicas de la estructura ya interior ya exterior del globo, y añade (2): «Nos atrevemos á afirmar que no hay un solo sistema que tenga algo absolutamente cierto; pues casi todo lo que se ha dicho en este particular es mas ó menos vago, y la mayor parte de los que han hablado de esto lo han hecho mas segun convenia á sus sistemas que segun observaciones imparciales.»

Esto sale de la boca de un hombre cuya autoridad en esta materia es irrecusable. Esa ciencia que se llama *jeolo-*

(1) Rapport de Mr. Cuvier á la suite de l'ouvrage intitulé: «Theorie de la surface de la terre» por Mr. André, Paris 1806 páj, 319, 322.

(2) Ibid, páj, 328,

mera formacion de las cosas no apresuró Dios la accion de los agentes naturales para hacer mas rápido el desarrollo de los seres? ¿Por qué no ha de haber podido formar en un instante y de un golpe esas masas de granito que son como la armadura del globo terrestre, del mismo modo que despues crió los animales y al hombre ya adulto y en la edad de la madurez? ¿Por qué razon se querrá juzgar de esta accion creadora de la causa primera en la formacion del mundo, por la accion lenta y progresiva de las causas segundas que le perpetuan despues de formado? Salgamos ahora de estas ideas jenerales, satisfagamos en cierto modo los deseos frecuentemente muy vanos de un entendimiento tan débil como curioso, examinemos mas de cerca las principales circunstancias de la narracion de Moises sobre la creacion, y sin abrazar sistema alguno, demostraremos que las cosas que se podrian oponer son, si no enteramente falsas, siempre inciertas.

Lo que caracteriza la narracion de Moises es el orden de existencia que asigna á las sustancias y á los diversos seres de que se compone este mundo visible. Saca el Criador de la nada el conjunto de las cosas que arregladas por su mano poderosa debian entrar en la formacion del universo, y esto es lo que el Sagrado Escritor espresa de un modo popular, diciendo: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra; la tierra empero estaba cubierta de aguas, y era como un abismo tenebroso; mas Dios dijo hágase la luz, y la luz quedó hecha.» Espresion sublime, admirada como todos saben por el retórico Lonjino, aunque pagano. Este fué el primer dia de la creacion. Al segundo las aguas que cubrian nuestro globo fueron separadas de manera que una parte se elevó á las rejiones superiores. Al tercero comenzó á descubrirse la tierra firme, las plantas salieron de su seno, y la yerba verde y las flores la hermosearon. Al cuarto el sol, la luna y las estrellas brillan en el firmamento. Al quinto nadan los peces en las aguas, y vuelan las aves en los aires. Al sexto los reptiles se arrastran por la tierra, y los cuadrúpedos andan sobre la superficie del globo. En fin aparece el hombre; el mundo, acabada su formacion, jira segun las leyes que deben conservarle por la duracion de los siglos; y el Criador despues de haberle hecho por la

gia, y que versa acerca del estado antiguo y presente del globo, está todavía en su infancia, y sobre esta materia hay una multitud de cosas que no son mas que conjeturas. Y cuando un sábio tan célebre por sus conocimientos y por su penetracion se espresa con esta reserva, y confiesa con tanta franqueza la incertidumbre de la ciencia geológica, ¿se atreverá un semisabio á quien acaso no ha cabido en suerte mas que un talento mediano, ¿qué digo? un jóven apenas iniciado en los secretos de las ciencias naturales, se atreverá, repito, á inventar sistemas sobre la formacion del mundo, á ofrecerlos como verdades demostradas, y preguntar con arrogancia, como se concilia á Moises con sus ideas y descubrimientos? ¿Dónde está en este modo de proceder, no digo la modestia, sino el sentido comun? ¿Dónde aquella lógica sin la cual nos estraviamos tan frecuentemente aun dotados de talento y de mucha ciencia? Es preciso penetrarnos de que no estamos obligados á conciliar con el Escritor sagrado cuantas hipótesis inciertas y comunmente contradictorias puedan imaginarse. Cuando Buffon publicó su *Teoría de la Tierra* y sus *Epocas de la naturaleza* resonó un grito de alegría y de triunfo en el mundo de la incredulidad; se creyó ver trastornada por ellas la relacion de Moises; pero ¿qué ha sucedido? La sana física y la experiencia han descubierto errores en muchos puntos de estos sistemas ó incertidumbres en otros, y si todo ello no estuviese sostenido todavía por el nombre del autor y por el encanto de la dición mas noble y de la mas brillante imaginacion, se hubiera ya casi perdido su memoria.

Segun estas reflexiones, todo lo que pueda exigirse de los apolojistas de la Religion es hacer ver que la narracion de Moises no está contradicha por ningun hecho de la historia natural rigurosamente demostrado. Antes de entrar en materia creemos necesario hacer una observacion esencial. Un Dios Criador es, segun Moises, quien ha dado la existencia á todo lo que compone este universo, manejando á su arbitrio la materia que él mismo habia criado y haciéndolo todo por su voluntad omnipotente, y segun esto ya no pueden aplicarse á estas operaciones inmediatas de la omnipotencia divina las reglas que presenta el curso ordinario de la naturaleza. Y en efecto, ¿quién nos dirá si en aquella pri-

accion inmediata de su poder, la oculto á la sombra de la de las causas segundas, á quienes ha mandado perpetuarle: esto es lo que llamamos la obra de los seis dias. Ahora bien, ¿hay en la historia de la naturaleza un solo hecho demostrado que se halle en oposicion evidente con esta formacion sucesiva de los diversos seres? ¿No hemos visto por el contrario hábiles naturalistas, enemigos algunos de la revelacion y de los libros santos, llenarse de asombro al ver que Moises habia trazado el plan de la creacion mas conforme con sus observaciones? Segun Moises las sustancias que llamamos inorgánicas existieron antes que los seres organizados, como los vegetales, y á la verdad la experiencia constante y universal nos descubre que excavando la tierra profundamente se llega á unas masas primitivas, que no ofrecen ninguna señal ni vestigio de cuerpos organizados. (1)

¿Qué vemos ademas en la relacion de Moises? Que la tierra en su orijen estuvo enteramente sepultada en las aguas. ¿Y adonde hay una demostracion en contrario? Si hay naturalistas que han hecho de la tierra primitiva un globo de materia vitrificada por medio de la fusion que se ha ido enfriando insensiblemente, ¿no han encontrado adversarios poderosos en el mundo sábio? ¿Y no han pretendido físicos muy hábiles que el globo en lugar de irse enfriando se calienta cada vez mas?

Es en el día una opinion muy acreditada que las rocas primordiales, base de nuestro continente, resultan de diferentes sustancias que se han cristalizado mas ó menos rápidamente, despues de haber estado disolviéndose en un líquido inmenso. Ademas Neuton ha observado que la tierra en su orijen ha debido estar blanda para poder en fuerza del movimiento de rotacion ensancharse hácia el ecuador y aplastarse hácia los polos. ¿Y no parece que estas dos observaciones nos conducen al relato de Moises, que nos presenta la tierra como anegada en su orijen en las aguas?

Pero oigamos aun á Moisés, y nos dirá una cosa bien extraordinaria que ha escitado mas de una vez la risa de los incrédulos; y es que la luz existia antes que el sol hu-

(1) Pallas. Observat. sur la Format. des Mont. páj. 13 y 15.

biese brillado en los cielos. No nos pertenece á nosotros decidir entre Descartes que quiere que la luz que nos alumbra sea un fluido esparcido en el universo, y puesto en movimiento por la accion del sol; y Neuton que la hace consistir en una emanacion inagotable de los rayos solares. Es notorio ademas que uno de los astrónomos mas célebres de nuestros dias, que ha tenido la gloria de descubrir un planeta y de darle su nombre, no hace del sol mas que un astro opaco en medio de una atmósfera siempre candente; pero sea lo que fuere de estas opiniones, ¿no deberémos reconocer aun en la de Neuton una luz primitiva independiente del sol? Ella se encuentra en todas partes aunque no siempre brille, un lijero roce la hace saltar de las venas del pedernal; los fenómenos fosfóricos la demuestran en los minerales ó en los seres vivientes; la frotacion la saca á chorros de los cuerpos eléctricos, y la descomposicion de los vegetales y de los animales la produce en mucha abundancia; algunas veces aparecen luminosos los vastos mares, y si durante la noche encendeis una antorcha, al momento se ilumina un grande espacio. Todas estas luces de que hablamos no dimanan del sol, sino que hacen parte de aquella luz elemental que fué criada en el primer dia, y que podemos mirar como un primer depósito de que el Criador habia de sacar la que era necesaria para hacer luminosos el sol y los astros. Esta es la luz que se combina con todos los cuerpos, y de tantos modos diferentes, que sale de ellos ó queda oculta segun las circunstancias y tanto juega en los fenómenos químicos. Admirémosnos de que Moises en su narracion se atreviese á poner la luz antes que el sol: solo la verdad pudo inducirle á decir una cosa que aunque real no dejaba de ser estravagante y rara en apariencia.

Pasemos ahora á considerar la creacion del hombre que fué la obra maestra de la creacion y coronó la obra de los seis dias. Para no apartarme del punto de vista bajo del cual miro hoy este asunto, me limitaré á dos circunstancias principales: primera, que segun Moises, Adan y Eva son el único tronco del género humano; idea que tanto debemos apreciar pues que hace una sola familia de todos los pueblos de la tierra; á esto han hecho los incrédulos, y Voltaire el primero, una objecion muy frívola y muy lijera;

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO

SERMON para la Dominica primera de Cuarenta y
 D. Juan Bautista de Solís, P. M.
 LA RECONSTRUCCION por el Sr. Director D. Manuel de los
 Rios
 JUSTITIA ET PAX por D. Antonio de los
 Rios
 POPULO—La Muestra de los — D. Juan de los
 Rios
 A la India — Soneto por D. J. Antonio de los
 Rios
 A nuestra Señora de Guadalupe — Soneto por D. Antonio
 de los Rios
 A los que andan de las Cruzadas — Soneto por
 D. Antonio de los Rios
 Sobre las Reconstrucciones — Oda por D. Juan Manuel de
 los Rios
 La Santa Cruz — Soneto por D. Fernando de Castañeda
 de Anaya
 A la Virgen — Oda por D. Juan Antonio de los Rios
 La Muestra de los Rios — Soneto por D. Juan Antonio de los Rios
 A nuestra Señora de Guadalupe — Oda por D. Juan
 de los Rios
 VARIAS — El Virgen santo por Manuel de los Rios
 Meditaciones religiosas
 Los misterios de Guadalupe
 EL VOTO — Respuestas de algunas personas
 suscritas en favor de su santidad

Medicinosa este numero, en su mayor parte
 a los misterios de nuestra Señora, rogamos
 nuestras suscritas nos dispensen por tanto de
 morar la renuncia de la Revista, por darle
 oportunidad del momento.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	Pág.
SERMON para la Dominica primera de Cuaresma, por D. Juan Bautista Solis, Pro.	251.
LA REDENCION, por el Sr. Director D. Nicolás de Lora Pro.	265.
JESUCRISTO Y SU PASION, por D. Agustin Sanchez Torres Pro.	273.
POESIAS.—La Muerte de Jesus.—Oda, por D. Alberto Lιστα	286.
A Judas.—Soneto, por D. J. Nicasio Gallego.	290.
A nuestra sagrada religion.—Soneto, por D. José Fernandez Espino	291.
Ante una imagen de Jesus Crucificado. — Soneto, por D. Antonio Sanchez de Moguel.	292.
Sobre las Lamentaciones —Oda, por D. Juan Manuel Alvarez	293.
La Santa Cruz—Soneto, por D. Fernando de Gabriel Ruiz de Apodaca	298.
A Jerusalem.—Oda, por D. José Lamarque de Novoa.	299.
La Muerte de Jesus.—Soneto, por D. Juan José Bueno.	303.
A Nuestra Señora al pié de la Cruz.—Elegia. por D. Gaspar Bono Serrano.	304.
VARIEDADES.—El Viérnes Santo, por Fernan Caballero.	307.
Meditaciones religiosas	313.
Los Monges de Occidente.	322.
UN EX—VOTO, recuerdos de Guipúzcoa (conclusion).	330.
Suscripcion en favor de Su Santidad.	

Dedicándose este número, en su mayor parte, á los misterios de Semana Santa, rogamos á nuestros suscritores nos dispensen hayamos demorado la remision de la Revista, por darle la oportunidad del momento.